
LA DAMA DEL OLIVAR

Personas que hablan en ella:

- **Don GASTÓN, caballero**
- **Don GUILLÉN, Comendador de Santiago**
- **NISO, pastor viejo**
- **CORBATO, pastor**
- **Nuestra Señora la VIRGEN María**
- **ROBERTO, bandolero**
- **Doña PETRONILA**
- **GALLARDO**
- **MAROTO, pastor**
- **ARDENIO, pastor**
- **MONTANO, pastor**
- **LAURENCIA, pastora**
- **MARBELIO, bandolero**
- **LIRANO, bandolero**

ACTO PRIMERO

*Salen NISO, pastor viejo, MAROTO, CORBATO, ARDENIO,
MONTANO, y LABRADORES*

NISO: ¡Brava fiesta!

CORBATO: Y la señora
por quien se hizo, hermosa y mansa.

MONTANO: Quien en servirla se cansa
lo mucho que pierde ignora.

ARDENIO: ¡Buen mayordomo!

NISO: Y devoto.

MONTANO: Pastor que el ganado deja
por tan blanca y pura oveja,
dichoso él.

NISO: En fin, Maroto,
vos habéis dejado el cargo
con honra y fama.

MAROTO: Y vendrá
otro que me sacará
de la puja rico y largo.

NISO: ¡Qué buena estaba la iglesia!

MAROTO: Como pude la compuse;
claveles en ella puse
desde el altar a la reja.
Verbena, espadaña y juncia
por el suelo derramé;
agua de trébol eché
en las pilas.

ARDENIO: Bien anuncia
vuesa mucha devoción
la que en el alma encubris.

NISO: Galán, Maroto, venís.

MAROTO: Yo saco en la procesión
todas las galas que tengo.
El más pobre de Estercuel

soy.

CORBATO: Y el más devoto de él.

MONTANO: Alegre en extremo vengo
de haber visto cuán compuestas
las calles de nuestra aldea
estaban.

MAROTO: Toda desea
her a nuestra Virgen fiestas.

MONTANO: ¡Qué de pinos que plantaron
por ellas! Y las mujeres
con qué gustos y praceres
que las ramas adornaron
con sus basquiñas de grana.

CORBATO: No dejaron paramento,
cual si huera el monumento,
cortina o red aldeana
que en las puertas y paredes
no colgasen.

NISO: Pescarán
si en el mar del mundo están,
el cielo con tales redes.

ARDENIO: Pues a falta de pastillas
no faltó incienso y espliego
y aun estoraque, que el fuego
no quemase en escodillas,
que por las calles a trechos
daban gusto y devoción.

MAROTO: ¡Oh, qué incienso es la oración,
y qué grandes sus provechos!

NISO: La fiesta, en fin, de septiembre
en que nació nuesa estrella,
ha estado extremada y bella.

MAROTO: El labrador are y siembre
los granos que el hielo cubre
y restituye en agosto.
Llene las cubas de mosto;
coja la fruta en Octubre.
Compre y venda el mercader
en las herias y mercados,
traten de armas los soldados,

vista galas la mujer.

Los sabios estudien leyes,
tienten pulsos los dolores,
dense placer los señores
y ganen tierra los reyes.

Mientras yo apaciento el hato
donde el manso me conoce,
el corderillo retoce
y se encarama el chivato.

Que más precio los halagos
con que el mastín me hace fiestas,
la leche en tarro, las fiestas
que dan el deleite a tragos;
a la noche en casa la olla,
y al amanecer las migas,
que de los ajos amigas,
son deudos de la cebolla;
y tras ellas una misa
al alba en que el sacristén
dice cantando el amén
sobre el sayo la camisa,
que cuanta riqueza guarda
el avaro.

MONTANO: A eso me acoto.

CORBATO: Venturoso vos, Maroto,
que el temor no os acobarda
del señor, como al privado.

MAROTO: Bueno me le ha dado Dios.

ARDENIO: Medra su hacienda por vos.

NISO: A buen amo, buen criado.

MAROTO: Don Gastón de Bardají,
noble señor de Estercuel,
ni es soberbio ni crüel.
Desde que su pan comí
mil mercedes Dios me hace.

NISO: Mucho priva con el reye.

MAROTO: Conoce su esfuerzo y ley,
por eso le satisface.

A conquistar a Valencia
el rey don Jaime partió

y consigo le llevó.

NISO: Tiene en la guerra experiencia.
Que os hallase me holgaría,
cuando volviese, Maroto,
casado.

MAROTO: ¿A mí?

MONTANO: ¡Juro al soto
que había de her aquel día
mil locuras de placer!

MAROTO: No sabré yo her buen casado.

NISO: Ya que en esto hemos tocado,
hombre que está sin mujer,
Maroto, no es hombre entero,
pues le falta la mitad.

MAROTO: La mitad, ¿cómo?

NISO: Escuchad.
¿De nueso padre primero
no dice el cura que a Eva
durmiendo un día sacó?

MAROTO: De sus huesos la formó.

NISO: ¿Luego la mitad le lleva?

MAROTO: No me casaré, aunque pueda,
con mujer que en eso da,
que al hombre le quitará
la otra mitad que le queda.
Y a fe que es cosa inhumana
que, formándose de un hueso
tan firme, tan duro y tieso,
la mujer sea tan liviana.
Dadla a la buena ventura;
que es, al fin, la más hermosa,
si de carne, peligrosa;
y si de hueso, muy dura.

ARDENIO: No decís mal.

MAROTO: Y aun por eso
las mujeres, Niso, son
de tan mala digestión:
que no se digiere el hueso.

NISO: Pues mi Laurencia no es tal,
ni en liviana o dura peca,

que en lo amoroso es manteca
y en lo honrado pedernal.

No hay en Aragón mujer
que mejor os pueda estar,
y si os la vengo a pintar
yo sé que la heis de querer.

Sus años verdes y en flor,
y su hermosura en la aldea,
no hay borrico que la vea
que no rebuzne de amor.

Es de una imagen su cara.
¿Con qué la lava? Dirás
con lleve el diablo lo más
que un caldero de agua clara.

Los cabellos, no dirán,
son que al sol causan vergüenza,
y cuando en cola los trenza
en las rodillas la dan.

La frente bruñida y lisa,
las cejas son de amor arcos,
los ojos, si no son zarcos,
provocan a amor y a risa.

Pues los carrillos, no hay mozo
que no cante al descubrillos,
"Más valen vuestos carrillos
que el carrillo de mi pozo."

De las narices no pocos
han dicho, "Alegre estuviera,
Laurencia, si amor me hiciera
de vuestas narices mocos.

¿Pues qué la boca? Aunque pasa
de raya, limpia y risueña;
que no es bien que sea pequeña
la portada de la casa.

Los dientes altos y bajos,
en hilera y procesión,
piñones mondados son,
a lo menos dientes de ajos.

¿Qué diré de los hocicos?
Son que amapolas parecen

cuando entre los trigos crecen.
 Pues los dos hoyuelos chicos
 que hace en riéndose, el cielo,
 a tener allá su cara,
 en ellos cro que jugara
 con el Amor al hoyuelo.

Pues la barba, ¿qué otra cría
 más abajo de cristal?
 Con ella el mejor zagal
 barba a barba la abriría.

Las tetas son naterones
 y los corpiños encellas,
 que mamara Amor en ellas
 a no, encubrir los pezones.

Las manos, que nunca adoba,
 más brancas fueran que el pecho,
 a no haberlas callos hecho
 ya el cedazo, ya la escoba.

La cintura puede entrar

Señala los dedos

aquí, y si amor navegara
 mejor su estrecho pasara
 --¡pardiez!--que el de Gibraltar.

Pues aquella redondez,
 monte de nieve y cristal,
 rodará encima el brial
 por ella Amor cada vez.

Pues las piernas, si en el río
 lava, porque el cristal borre,
 corrido de verlas corre
 más aprisa y con más brío.

Los pies calzan once puntos,
 cuando la aprieta el botín;
 mas sea ella honrada, en fin,
 que no miraréis en puntos.

Pintada os la tengo toda,
 puesto que mal y en bosquejo,

lo demás allá os lo deajo
para el día de la boda.

MAROTO: No del todo me despido
de daros, Niso, placer,
que, en fin, la buena mujer
suele hacer bueno al marido;
pero venga mi señor,
que lo que ha de ser dirá.

NISO: Rico dote se os dará,
que aunque es mi hija la menor,
por verla con vos casada,
vos prometo dar, Maroto,
un pedazo de este soto
y media fanega arada
de tierra, catorce ovejas
y seis cabras con el perro,
la barrosa y el becerro,
una casa con sus tejas
que no de techo pajizo,
una cama con su ajuar,
un San Miguel, que pintar
en una sábana hizo
mi abuela, que Dios perdone,
y dos calderas también
con su cuchar y sartén
que rojas las migas pone.

Sale un CRIADO

MAROTO: Todo es bueno, y lo mejor,
ser Laurencia vuestra hija.

CRIADO: El puebro se regocija
porque viene mi señor
de Valencia y ha dejado
al buen reye en Zaragoza.

MAROTO: No en balde el monte le goza
y se está riendo el prado,
que no hay señor que le iguale.

NISO: Bien podéis eso decir.

CRIADO: ¡Ao! Vámosle a recibir;
pero al encuentro mos sale.

*Sale don GASTÓN, bizarro de
camino*

GASTÓN: ¡Oh, mis zagales, alcalde,
Corbato, Ardenio, Maroto!

NISO: Llegad, las manos besalde.

MAROTO: No en balde se alegra el soto
ni está verde el prado en balde
viéndoos, señor, con salud
en vuesa tierra y vasallos.

GASTÓN: Huélgome con su quietud,
que no puedo deseallos
mejores.

NISO: Por su virtud.

MAROTO: ¿Cómo venís de la guerra,
buen señor?

GASTÓN: Gracias á Dios
vitorioso.

MAROTO: Nuesa tierra
estaba triste sin vos

GASTÓN: Es, en fin, mi estado y tierra.

MAROTO: El ganado que apaciento,
y por ser vuestro es dichoso,
sin vos dejara el sustento.
El cordero temeroso,
que da los brincos a ciento,
balaba por don Gastón;
las ovejas os llamaban;
y con ronco y triste son,
por suspirar, rebuznaban
los borricos, con perdón.
Secábase el prado ameno,
donde el hato flores paze,
de luto y tristeza lleno,
porque todo este mal hace
la ausencia de un señor bueno.

GASTÓN: Debéisme esa voluntad.

NISO: ¿Qué ha habido de guerra?

GASTÓN: Queda

conquistada la ciudad
de Valencia, donde pueda
renacer la cristiandad
que el mahomético profeta
desterró por tantos años.
Borró de ella el rey su seta
llena de vicios y engaños.
Ya queda segura y quieta,
su mezquita consagrada,
sus cautivos redimidos,
su soberbia derribada
y con blasones debidos
eternizando su espada,
el rey don Jaime glorioso,
tan agradecido al cielo,
que, devoto y generoso,
premió con divino celo
al estado religioso
fundando cuatro conventos
en ella.

MAROTO: ¡Gran cristiandad!

GASTÓN: Honró Dios los pensamientos
de su liberalidad
con milagrosos portentos;
porque cerca de Valencia,
al tiempo de conquistalla,
para mayor evidencia
de su amor, nuestro rey halla,
animando su presencia,
un retrato de aquel sol
que, abrasando a Dios de amores,
le vistió de su arrebol,
un ramillete de flores,
gloria del suelo español;
un tanto monta del día;
una suma del jardín
que a Dios se aposenta y cría;

un cielo en el suelo; en fin,
 una imagen de María,
 que en medio de aquella sierra
 el godo escondió del moro
 y en sus entrañas encierra
 aquel divino tesoro,
 feliz paz de nuestra guerra,
 desde que el campo asentó
 en su sitio el santo rey;
 Salomón que a Aragón dio,
 por defensa de su ley,
 el que por ella murió.

Cada noche aparecía
 un resplandor soberano
 sobre el monte que escondía
 a la que a Dios hizo humano,
 que al sol competencia hacía.

Música alegre sonaba,
 dando tal gusto el oílla,
 que la devoción juzgaba
 ser de ángeles la capilla
 y su autor quien la entonaba.

Determinóse de ver
 el rey el misterio oculto
 que allí se podía esconder,
 y con religioso culto
 el primero quiso ser
 que, con la azada villana,
 para que todos trabajen,
 cavase.

MAROTO: ¡Fe soberana!

GASTÓN: Y hallando una hermosa imagen
 debajo de una campana,
 alegre con tal tesoro
 dio su vitoria por cierta.

MAROTO: De placer devoto lloro.

GASTÓN: Con los obispos concierto
 para que esté con decoro,
 que un monasterio real
 allí mismo se edifique

a su devoción igual,
 y que a la Merced se aplique
 y se dé a su general
 fray Pedro Nolasco, piedra
 sobre quien Dios edifica
 la orden que por él medra,
 con el cuarto voto rica
 de la caridad, que es hiedra
 que a Dios alcanzan sus ramas.

Orden de tantos favores,
 que, eternizando las famas
 de sus hijos redentores,
 los Fénix son de sus llamas.

Fue el santo rey fundador
 de la orden militar
 dándola ser y favor,
 con que se quiso llamar,
 como Dios, rey redentor.

Y, en fin, como era su hechura
 y de su celo heredera,
 darle la imagen procura
 de la que es de Dios esfera
 y cifra de su hermosura.

Labró, en fin, en su montaña
 el templo, y hasta él con fiesta
 la coloca y la acompaña.
 La imagen del Puche es ésta
 que ha de ennoblecer a España;
 de que vengo tan devoto
 y envidioso, que quisiera,
 a merecerlo, Maroto,
 que de mi estado heredera
 viniera a ser.

MAROTO: ¡Qué buen voto!

Dome a Dios, mi buen señor,
 que es como suya esa fe,
 y que me muero de amor
 por ella, después que sé
 tan milagroso favor.

Pero no se desconsuele;

sirva y pretenda tal dama.
 Rondela, aunque se desvele,
 que a la casa de quien la ama
 venirse de asiento suele.

Soltero es, no hay tal esposa
 como la virgen María,
 que es discreta y es hermosa,
 no pasa por ella día
 ni es en las galas costosa,
 que el sol de vestirla trata
 con cintas de resplandores,
 de estrellas sus trenzas ata,
 chapines trae de valores
 con sus virillas de prata,
 pues los adorna la luna;
 dote suyo son los cielos,
 do no hay temer la fortuna,
 y, en fin, no le dará celos,
 que es lo que más importuna.

GASTÓN: ¡Oh, qué buen casamentero,
 Maroto, sabéis hacer!

NISO: Pues sabed, señor, que quiero
 helle novio con mujer
 que vos aprobéis primero.

ARDENIO: Al menos de nuestos votos
 lo que esto le importa sabe.

MAROTO: De lo ajeno manirroto
 sois.

NISO: No es bien que en vos se acabe
 la casta de los Marotos.

GASTÓN: Y vos ¿qué decís a esto?

MAROTO: Que el casarse no es delito,
 y aunque es el estado honesto
 mejor, a vos me remito,
 en quien tengo el gusto puesto.

GASTÓN: Pues si está en mi parecer,
 vamos agora a palacio,
 que hay mucho en esto que hacer,
 y ha de mirarse despacio
 esto de tomar mujer.

Vanse. Salen don GUILLÉN con hábito de Santiago, y LAURENCIA, como que ha cernido

LAURENCIA: Déjeme cerner mi harina.

GUILLÉN: Laurencia hermosa, cerned
 pensamientos de mi amor,
 porque la harina apuréis
 de esperanzas candeales
 que con el agua amaséis
 de mis ojos, y cozáis
 en el horno de mi fe.
 Celos serán levadura,
 tan agria cuanto crüel,
 que os dará pan blanco y tierno.

LAURENCIA: No le como si trechel.
 Mire que he de amasar hoy,
 vaya con Dios su mercé
 y a las bobas diga amores,
 porque yo ya sé quién es,

GUILLÉN: ¿Quién soy?

LAURENCIA: Amante común
 que enamora cuántas ve,
 mesón que todo lo acoge,
 fuente que da de beber
 a gente de toda broza,
 prado concejil en quien
 pacen de comunidad
 hierba que mata después.
 Yo no tengo más de un alma,
 sólo un dueño ha de tener,
 que con una voluntad
 a una sola quiera bien.

GUILLÉN: Sola vos sois, sol hermoso,
 en quien me siento encender,
 fénix sola en hermosura.

LAURENCIA: Vaya, señor don Guillén,
 y venda esos morrimullos
 a Constanza y a Isabel,
 burladas de sus promesas
 como Polonia e Inés,

y perdone que me vo
 porque hay mucho que cerner.

GUILLÉN: Aguardad un poco.

LAURENCIA: Mire...

GUILLÉN: ¿Qué?

LAURENCIA: Que le enharinaré.

GUILLÉN: Yo sé cuándo menos dura
 me escuchábad.

LAURENCIA: Cerré
 las orejas con candados.

GUILLÉN: Pues ¿por qué es tanto desdén?

LAURENCIA: Porque tiene el corazón
 muy ancho y caben en él
 a gruesas, como botones,
 las pastoras que mantién.
 Caballero es de Aragón,
 sobre su pecho se ve
 la cruz que de Montalbán
 le encomendó nuesa fe.
 Pero ¿qué importa que traiga,
 mostrando que es hombre fiel,
 a los pechos la cruz roja
 si en ell alma el diablo tien?
 Los que son comendadores
 y caballeros como él
 damas sirven de palacio
 con estrado y con dosel.
 Deje villanas groseras
 de sayal y de buriel,
 que no es bien coma truchuela
 quien truchas puede comer.

GUILLÉN: En fin, ¿ya me despedís?
 En fin, ¿ya no me queréis?

LAURENCIA: No, que da mal fin a todas
 y un mal fin es de temer.

GUILLÉN: Escuchadme una palabra.

LAURENCIA: Ya le he oído más de diez
 y no quiero escuchar once.

GUILLÉN: Acabad.

LAIREN. Apártese.

GUILLÉN: No puedo.

LAURENCIA: Pues ¡por mi vida!...

GUILLÉN: ¿Qué?

LAURENCIA: Que le enharinaré.

GUILLÉN: Pues en esquivá habéis dado,
y vos sola en Estercuel
no estimáis mi voluntad,
adiós.

LAURENCIA: ¿Luego vase?

GUILLÉN: Pues.

LAURENCIA: Vaya con la maldición.

GUILLÉN: ¿Qué más maldición queréis
que partirme y no obligaros?

LAURENCIA: En fin, ¿se va?

GUILLÉN: ¿Qué he de hacer?

LAURENCIA: Volved acá, caballero.
No seáis tan descortés;
que los noes al principio
son síes en la mujer.
No estáis ducho en conocernos,
y pues no lo estáis, sabed
que las palabras que habramos
han de entenderse al revés.

GUILLÉN: Pues ¿qué quieres?

LAURENCIA: Que no os vais.

GUILLÉN: Pues ¿tienesme amor?

LAURENCIA: Sí, a fe.

GUILLÉN: ¿Mucho?

LAURENCIA: Mucho, que es con celos.

GUILLÉN: ¿Quién te los causa?

LAURENCIA: Isabel.

GUILLÉN: Aborrézcola.

LAURENCIA: Mentides.

GUILLÉN: Mucho sabes.

LAURENCIA: Mi mal sé.

GUILLÉN: ¿Dónde la ví?

LAURENCIA: En el molino.

GUILLÉN: Yo, ¿cuándo?

LACREN. Vos, y antiyer.

GUILLÉN: ¿Enamorado?

LAURENCIA: Y perdido.

GUILLÉN: Pues ¿qué la dije?

LAURENCIA: "Mi bien."

.....

GUILLÉN: ¿Hubo más de queso?

LAURENCIA: ¿Pues?

GUILLÉN: ¿Qué hubo?

LAURENCIA: La embracijasteis.

GUILLÉN: ¿Eso qué importa?

LAURENCIA: ¡Oh, crüel!

GUILLÉN: ¿Pues un abrazo?

LAURENCIA: Es luchar,

GUILLÉN: ¿Para qué?

LAURENCIA: Para caer.

GUILLÉN: Si tú me quieres...

LAURENCIA: ¿Qué hará?

GUILLÉN: Aborrecerla.

LAURENCIA: ¿Y después?

GUILLÉN: Ser amante tuyo.

LAURENCIA: ¿Y luego?

GUILLÉN: Adorarte a ti.

LAURENCIA: ¡Qué bien!

GUILLÉN: Yo lo juro.

LAURENCIA: ¿De qué modo?

GUILLÉN: Por tus ojos.

LAURENCIA: Burlas ven.

GUILLÉN: Por el cielo.

LAURENCIA: Está muy lejos.

GUILLÉN: Por mi fe.

LAURENCIA: No guarda fe.

GUILLÉN: Por mi vida.

LAURENCIA: Moriráse.

GUILLÉN: Por esta cruz.

Pone la mano en la del pecho

LAURENCIA: No la cree.

GUILLÉN: Por Dios.

LAURENCIA: Es un mal cristiano.

GUILLÉN: Pues ¿por quién quieres?
 LAURENCIA: No sé.
 GUILLÉN: Fía en mí.
 LAURENCIA: ¿Sobre qué prendas?
 GUILLÉN: Sobre el alma.
 LAURENCIA: Iráseme.
 GUILLÉN: ¿No es prenda segura?
 LAURENCIA: No.
 GUILLÉN: ¿Por qué?
 LAURENCIA: Por que no se ve.
 GUILLÉN: ¿Quieres otra?
 LAURENCIA: Como fuere.
 GUILLÉN: Mis brazos.
 LAURENCIA: Arrédiese.
 GUILLÉN: ¿Qué recelas?
 LADREN, Que he cernido...
 GUILLÉN: ¿Pues?
 LAURENCIA: Y le enharinaré.
 GUILLÉN: Echemos cosas a un lado,
 Laurencia, de Amor laurel,
 de quien es mi amor Apolo,
 aunque más dichoso que él.
 Un mes ha que estoy perdido
 por ti, juzgando este mes
 por siglos de dilaciones,
 propiedad del bien querer.
 Yo he sabido que tu padre,
 de mi amor padraastro infiel,
 casándote darme intenta
 con celos muerte crüel.
 ¿Será, pues, razón, serrana,
 que esperanzas que sembré
 goce un tosco labrador
 de quien esposa has de ser?
 ¿Que un rústico sea hortelano,
 que coja de tu verjel
 la flor primera debida
 a la imagen de mi fe?
 Primero que tal consienta
 he de abrasar a Estercuel,

y en venganza de mis celos
Nerón seré aragonés.

LAURENCIA: Pues ¿qué queréis que yo haga?

GUILLÉN: Que esta noche entrada des
a atrevimientos de amor
que facilita el querer.
Por las tapias de tu casa
confiado subiré
de que desvelada esperas,
en tu huerta, y si una vez
las primicias de tus gustos
gozo, en bronce escribiré
obligaciones que al tiempo
jamás pueda deshacer.
¿Qué respondes?

LAURENCIA: Que no vengas.

GUILLÉN: ¿No, dices? Si te he de creer,
y el "no" en la mujer es "sí,"
porque habláis siempre al revés,
tu "no" misterioso adoro.
Llega y dame...

LAURENCIA: Apártese
que está muy limpio.

GUILLÉN: ¿Qué importa?

LAURENCIA: ¿Qué? Que le enharinaré.

*Vanse. Salen MAROTO, NISO, CORBATO, MONTANO, don
GASTÓN y CRIADOS*

GASTÓN: Maroto, lo que Niso me ha pedido
está puesto en razón, y es justa cosa.

En mis manos habéis comprometido
la elección de casaros provechosa.
Hoy de Laurencia habéis de ser marido,
que es rica, cuerda, honesta y es hermosa,
y Dios le dice a Adán cuando le cría
que el hombre no está bien sin compañía.
Cuando a medias se llevan los trabajos

no pesan tanto, y es el yugo leve
de Amor, que hallando alguno estos atajos
a caminar con más valor se atreve;
los altos reyes, los pastores bajos,
para pasar la vida triste y breve,
buscan mujer, en cuyo estado amable
muestran que el hombre es animal sociable.

La tortolilla con suspiros quiebra,
viuda, los vientos por el bien que pierde,
y mientras las exequias le celebra
huye del agua clara y roble verde.
Enlaza a su consorte la culebra.
Si la hiedra amorosa al olmo pierde,
da, pálida y marchita, testimonio
de los bienes que causa el matrimonio.

Un hombre solo triste vida pasa;
los más breves pesares son prolijos;
casado en paz, la más estrecha casa
es alcázar y corte los cortijos.
Cuando del monte deis la vuelta a casa,
¿hay gloria como, ver los caros hijos
al lado tierno de la madre honesta
que os sale a recibir y os hace fiesta?

Esto ha de ser, Maroto; este es mi gusto;
yo, que también casarme determino,
quiero que en este estado santo y justo
abráis a mis intentos el camino.
En buena edad estáis, mozo robusto
sois, y que llevaréis bien imagino
la cruz del matrimonio.

MAROTO: El que es prudente
recela de tal cruz ser penitente.

Pero, en fin, pues vos dais, señor, en eso,
digo que de ella desde aquí me encargo,
aunque tan grande cruz y más de hueso,
en el camino de la vida largo
derribará un gigante con su peso.

CORBATO: Cirineos del mundo hay que ese cargo
alivian.

MAROTO: Nunca hará en su honra empleos

el marido con tales cirineos.

GASTÓN: Pues vengo a vuestra casa, Niso hermano,
a tratar esta boda, haced que agora
la desposada salga.

NISO: Noble y llano,
honráis nuestra humildad.

CORBATO: Bien os adora
todo Aragón, señor.

NISO: Llamad, Montano,
a Laurencia que, a fuer de labradora,
o rastrilla o jabona, o cierne o cuece
o a su hermanillo mientras hila mece.

Sale LAURENCIA

LAURENCIA: ¿Qué es, padre, lo que mandáis?

NISO: Que agradezcáis el favor
que nuso dueño y señor
os hace, hija, y que pongáis
la boca humilde en su pata.

LAURENCIA: ¡Oh, mi señor don Gastón,
bien venido!

GASTÓN: Con razón
de hermosa Estercuel os trata.
Bizarra vasalla tengo
en vos.

NISO: ¡Oh! pues si viniera
lavada, mejor pudiera
llamarla hermosa.

GASTÓN: Yo vengo,
Laurencia, aquí, cuando menos
a daros marido.

LAURENCIA: ¿A mí?

GASTÓN: Labradora bella, sí;
y en vuestros ojos serenos
miro la dicha y ventura
de quien os ha de gozar.

LAURENCIA: Pues ¿cómo me he de casar,
señor, si aún no estoy madura?

¡Buenos están los engaños!

GASTÓN: ¿Qué edad tenéis?

LAURENCIA: Cumpliré,
si al cura hemos de dar fe,
para estas hierbas veinte años.

GASTÓN: Luego, según vuestra cuenta,
a buen tiempo vengo yo.

LAURENCIA: Mi madre no se casó,
señor, hasta los cuarenta,
y tuvo a mucha ventura,
según mi abuela contaba,
que cuando menos cuidaba
la casasen tan criatura.

GASTÓN: Ya ese tiempo se ha perdido.

CORBATO: Y como las que ahora nacen
diz que lo primero que hacen
es decir "taita, marido."

GASTÓN: Vuestro padre determina
que con Maroto tengáis
el dueño que deseáis.
Mi hermana ha de ser madrina
y yo os he de apadrinar.
¿Qué decís?

LAURENCIA: Tengo vergüenza.

GASTÓN: Púrpura a salir comienza
vuestro rostro a hermostear.
Acercaos, Maroto, aquí,
y habladla.

MAROTO: ¿Hablarla qué importa,
siendo una boda tan corta
que no tiene más de un sí?

GASTÓN: ¿Daisle vos de buena gana?

NISO: Pues ¿no ha de darle si vos
lo mandáis?

CORBATO: ¡Verán los dos
qué mudos están!

GASTÓN: Mañana
los desposorios serán.
Vestíos, Maroto, de fiesta,
que desposada como ésta

merece el novio galán.

Y quedaos, Laurencia, adiós,
que la nueva os ha turbado.

..... [-ado]

¡Envidia llevo a los dos!

CORBATO: Cualquiera se la tendrá
si su cara llega a ver.

ARDENIO. Maroto, buena mujer
os han dado.

MAROTO: Ella dirá.

Vanse, quédase sola LAURENCIA

LAURENCIA: ¿Qué es esto, desdicha mía?

¿Cabrán, si ya tengo dueño,
en corazón tan pequeño
dos huéspedes en un día?

Don Guillén es el primero,
y siendo abeja de Amor,
le ofrecí la primer flor,
derechos del jardinero.

Es noble y quiérole bien,
pues ¿por qué en tal alboroto
tiene de usurpar Maroto
derechos de don Guillén?

Perdonará, pues espera
a don Guillén mi fortuna
y va a avisalle la luna,
de amantes casamentera.

Primero el cántaro llena
aquél que llega primero,
si Maroto vien postrero
Dios se la depare buena.

Vase. Sale MAROTO

MAROTO: A la fe, mi Dios, que han dado
en que he de tener mujer,

yo soldemente sé her
empleita y guardar ganado.

¡Pues meterme a mí en rencilla
con una mujer! El cura
diz que nunca está madura,
porque, al fin, es de costilla.

Es hacer que me descarne
para ella y que pierda el seso.
Aun si fuera todo hueso
y no cubierto de carne,
no anduvieran diligentes
tantos, hendo en la honra mella
porque temieran mordella
por no quebrarse los dientes...

Yo no tengo si el rosario
con quien en tales afrentas
me aconseje y haga cuentas,
que es el mejor secretario.

Ahora bien, rezarle quiero
que si ayuda a todos da,
lo mijor me endilgará,
que es divino consejero.

¿Yo cautivarme en un día?
¿Hay cosa más importuna
que un muchacho en una cuna
cuando llora? ¡Ave Maria!

Reja paseándose

"Virgen, la esposa más buena
érades para mí vos;
dígalo el ángel de Dios,
pues vos llamó *gratia plena*.

Mas cautivar mis praceres,
pues nadie en toda la vida
halló mujer que no pida
entre todas las mujeres.

¿No es disparate, Jesús?
Esto a enloquecerme basta;

aunque si eres mujer casta,
Laurencia, *bendita tú*.

Que si libre de delito
da de su honor testimonio
al hombre en el matrimonio
regocijado y *bendito*.

Mas ¿qué esposo habrá que encuentre
mujer a quien si quillotro
la diga mío y no de otro
es el fruto de tu vientre?

¿Casamientos ahora?, ¡Sús!
Dejadme, que pierdo el seso.
¿Yo en casa con sobrehueso
estando sano? ¡*Jesús!*

¿Yo riñendo cada día
a quien sin tomar consejos
como sea a la más lejos
va a misa a *Santa María?*

Pues que me encomiendo a vos,
si no soy para casado,
de tan peligroso estado
libradame, *madre de Dios*.

Santos, pues estáis vosotros
en el eterno placer,
libres de toda mujer
y en paz, *rogad por nosotros*.

Maridos, si de estos modos
son las mujeres, tened
mucha paciencia y sabed
que rezo por mí y *por todos*.

Pues si por quitar temores
las mujeres no nacieran,
muchos más los santos fueran
y menos *los pecadores*.

El alma su prisión llora.
¿Hay más riguroso paso,
pues si que agora me caso
me han de cautivar *agora?*

Porque el trance que hay más fuerte
y que más puede temblarse

es al tiempo de casarse
y en la hora de nuestra muerte.

Haga a los solteros bien,
Dios, guardando sus sentidos,
dé paciencia a los maridos
y digan todos *Amén*."

Salen don GUILLÉN y GALLARDO

GUILLÉN: Gallardo, si mi Laurencia
aguarda cual prometió,
Amor posesión me dio
de la más bella presencia
que celebra su deidad.

GALLARDO: ¿Qué diablos hiperbolizas
y hermosura solenizas?

GUILLÉN: Pues ¿aquesto no es verdad?

GALLARDO: No, por cierto, con perdón.

¿Es más de una labradora
que estará cerniendo agora
y quizá cantando al son
que hace con el cedazo
"A las tres ánades, madre,"
mientras que duerme su padre,
que es el mayor villanazo
que tiene todo Estercuel?

GUILLÉN: Laurencia es un sol, un cielo.

GALLARDO: Que has de enloquecer recelo.

¡Miren qué Dafne en laurel,
qué Leucote vuelta incienso,
o que Clicie en girasol!
¡Par Dios, si Laurencia es sol,
que es muy puerco el sol!

GUILLÉN: No pienso
que estás en ti, si eso dices.

¡Oh, quién verla ya pudiera!
¡Oh, quién la hablara! ¡Quién fuera...!

GALLARDO: Di, moco de sus narices.

GUILLÉN: ¡Quién sus manos o cristales...

GALLARDO: ¿Besallas?

GUILLÉN: Sí.

GALLARDO: Buen galán
besa, que quizá estarán
lavando agora pañales.

¿Es posible, di, señor,
que un caballero estimado,
a quien mil damas han dado
más fama que a Galaor,
con esa flemaza agora
el sayal grosero ensalza,
tú, que los puntos que calza
la más guardada señora
sabes, botines deseas?

GUILLÉN: Gallardo, ya estoy cansado
de tanta seda y brocado.
Las más graves son más feas.

Hermosura que en la tienda
se vende, ¿quién la ha de amar?

GALLARDO: Si el afeite es rejalgar
Bercebú que las pretenda.
Tu opinión sigo en cuanto eso,
que caras de solimán
la muerte a un hombre darán,
como píldora en un beso
por no venderla, de balde.
Hermosuras de retazos
de sastre, hechas a pedazos
de color y de albayalde,
con que jalbegan las casas,
como pared de mesón,
caras como colación,
cargadas de miel y pasas.

GUILLÉN: Y miel virgen.

GALLARDO: Es verdad,
con que engañarnos pretenden,
porque todas ellas venden
postiza la puridad.

No hay tienda si vas a ella,
porque este discurso sigas,
que en cintas, bandas o ligas
no halles carne de doncella.

Y pues en cintas las pinta
el interés, no me engaño
cuando sospeche que hogaño
se usan doncellas en cinta.

GUILLÉN: ¿Luego yo discreto soy
en buscar sin compostura
la natural hermosura
de Laurencia?

GALLARDO: Amigo soy
de amor que huele a tomillo,
y más tomillo salsero,
que es carne con sal y quiero
bien este trato sencillo;
pero no has de encarecerlo
con tanta exageración,
que es plato de salpicón,
aunque sabroso al comerlo,
que después huele a cebolla;
mas dirás que es polla bella
y que por eso con ella
quieres jugar a la polla.

MAROTO: (Maroto, ¿no escucháis esto? Aparte
Andaos a caza de bodas.)

GUILLÉN: Estas labradoras todas,
por lo simple y por lo honesto,
me enamoran. ¡Si saliese
y la seña hiciese ya!

MAROTO: (¿Señas le ha de hacer? ¡Verá! Aparte
¡Oh, qué mal agüero es ése!)

GUILLÉN: La gente de casa, Amor,
¿por qué no la habéis dormido?

GALLARDO: Sobre la tapia ha salido
tu labradora, señor.

Sale arriba LAURRNCIA

GUILLÉN: Sí, que la luna salió
a enseñarme su presencia.

MAROTO: (Trepadora sois, Laurencia; Aparte
no os llevo a mi casa yo.)

LAURENCIA: ¡Cel! ¿es Don Guillén?

MAROTO: (¿Por la ce Aparte
comenzáis, sin ser casada?
Labradora sois letrada;
ya llegáis al A B C.

Pues bien sé yo, aunque villano,
que si llegáis a la D,
por más riqueza que os dé,
que no heis de darme la mano.)

GUILLÉN: Yo soy quien en vos viviendo,
y sin vos muriendo en mí,
por la vida vengo aquí
que me usurpáis.

LAURENCIA: Yo no entiendo
aquesas algarabías;
pero lo que os sé decir
que aún no se ha echado a dormir
mi padre.

GUILLÉN: Desdichas mías
le despiertan.

LAURENCIA: Hablad paso
y volved mañana acá;
mas no, que en vano será,
porque mañana me caso.

MAROTO: (No conmigo, si yo puedo.) Aparte

GUILLÉN: ¿Que os casáis? ¿Cómo o con quién?

LAURENCIA: Con Maroto, don Guillén.

GUILLÉN: ¡Ay, cielos!

LAURENCIA: Sospirad quedo.

GUILLÉN: Daré yo muerte a Maroto.

MAROTO: (¿Qué más muerte que casarme?) Aparte

GUILLÉN: ¿Luego podréis olvidarme
el nudo de mi amor roto?

LAURENCIA: Mandólo nueso señor
don Gastón de Bardají.

GUILLÉN: ¿Y habéis vos ya dado el sí?

LAURENCIA: Más por fuerza que de amor.

MAROTO: (Yo os le suelto desde agora.) Aparte

GUILLÉN: Pues, Laurencia, aunque se abraze
el lugar, antes que os case

logrará quien os adora
la posesión deseada
que merece mi afición.

MAROTO: (¿Y después como melón Aparte
dármela a mí decentada?
¡Malos años para vos!)

LAURENCIA: Ahora bien, desde aquí a una hora
volved, que es temprano ahora,
y quedad, señor, con Dios.

GUILLÉN: Dadme una mano primero.

MAROTO: (De azotes la merecía. Aparte
¿Hay tan gran bellaquería?)

LAURENCIA: No tien la tapia agujero
por donde darla, y está
tan alta, que no podréis
alcanzarla, si volvéis
presto, Amor lo ordenará.

GUILLÉN: El Amor todo lo alcanza,
que sabe hacer invenciones.
Gallardo, si aquí te pones,
podrá subir mi esperanza
y alcanzar esta ventura.
¿Oyes?

GALLARDO: Durmiéndome estaba.

GUILLÉN: Ponte aquí debajo, acaba.

GALLARDO: Pues ¿soy yo cabalgadura?

GUILLÉN: No seas necio ni pesado.

GALLARDO: Si subes no lo seas tú.

*Pónese en cuclillas y sobre las espaldas don
GUILLÉN, de pies*

MAROTO: (¿Que aquesto se use? ¡Jesú! Aparte
¿El amo sobre el criado?
Miren cuál anda ya el mundo,
unos sobre otros los vicios.)

GALLARDO: Si son cortos los oficios
en darte gusto me fundo;
pero si van a la larga,

desde agora te prevengo
que, en pesando, me derriengo,
y que me echo con la carga.

MAROTO: (¡Lo que sufre un alcahuetel!) Aparte

GALLARDO: ¡A lo que obliga un señor!

GUILLÉN: ¡Mi cordera!

LAURENCIA: ¡Mi pastor!

GUILLÉN: ¡Mi mayo!

LAURENCIA: ¡Mi ramillete!

GUILLÉN: ¿Que os casáis?

LAURENCIA: Contra mi gusto.

GUILLÉN: ¿Con un bárbaro?

LAURENCIA: Un grosero.

GUILLÉN: ¿Quién soy yo?

LAURENCIA: Mi jardinero.

GUILLÉN: Pagadme, pues.

LAURENCIA: Esto es justo.

GUILLÉN: ¿Y con qué?

LAURENCIA: Con las primicias.

GUILLÉN: ¿De vuestro amor?

LAURENCIA: Claro está.

GUILLÉN: ¿Cuándo?

LAURENCIA: Esta noche será.

GALLARDO: ¿No ahorraremos de caricias
don Guillén? ¡Que me deslomo!

MAROTO: (¿Qué esto sabe una mujer?) Aparte

GALLARDO: Mas ¿que he de hacerte caer?

GUILLÉN: Soy un pájaro.

GALLARDO: De plomo.

GUILLÉN: ¡Qué hermosa mano!

LAURENCIA: Grosera
que friega, barre y amasa.

GUILLÉN: Es de nieve.

MAROTO: (¡Y os abrasa!) Aparte

GALLARDO: Que me matas considera.

GUILLÉN: ¿Podré entrar luego?

LAURENCIA: No sé.

GUILLÉN: Ya el viejo se habrá dormido.

LAURENCIA: Si vos estáis escondido
mientras que voy y lo sé,

entrad.

MAROTO: (Bellaco va esto. Aparte
Excusemos un pecado.

Da gritos

¡Ah de casa; que han entrado
ladrones, acudid presto!
Niso, Corbato, Montano,
mozos, zagales, garzones,
que andan ladrones, ¡ladrones!

LAURENCIA: ¡Ay, cielo, vetel

GUILLÉN: ¡Oh, villano!
¡Vive Dios, que has de pagarme
el dar a la gente aviso!

MAROTO: ¡Ladrones, ladrones! Niso,
¡Salid, que quieren matarme!
¡Ladrones!

GALLARDO: Huye, señor,
no te conozca esta gente.

Salen los PASTORES con chuzos

GUILLÉN: ¡Que así un bárbaro insolente
haya estorbado mi amor!

GALLARDO: Cada cual su hacienda guarda.

GUILLÉN: ¿Que aquesto pase por mí?

GALLARDO: Yo de burro te serví
pero tú fuiste mi albarda.

NISO y ARDENIO

NISO: ¿En casa de la josticia
ladrones? ¿Adónde están?

ARDENIO: Ténganse al rey los ladrones.

NISO: ¡Por Dios, que los he de ahorcar!

GALLARDO: Huye, señor, que villanos

ya sabes que en su lugar
son reyes, y que los gallos
cantan en su muladar.

GUILLÉN: ¡Que este rústico grosero
de mi suerte fuese azar
que esta ocasión me impidiese!
Mas él me lo pagará.

*Vanse don GUILLÉN y GALLARDO. Sale don
GASTÓN*

GASTÓN: ¿Qué alboroto es éste, Niso?

MAROTO: ¡Oh, señor! Vino a robar
un ladrón aquí una joya
de Laurencia.

GASTÓN: ¿Cómo?

MAROTO: Y tal,
que si una vez se la quitan,
aunque la percuren más,
ojos que la vieron ir
a vella no volverán.

NISO: ¿Mas si fuese la patena
con la sarta de coral?

MAROTO: Patena y corales son
dignos, Niso, de estimar.
Y si arrancan la patena,
la sarta se quebrará,
derramando los corales
que asidos con ella van.
Este negro casamiento,
si va a decir la verdad,
me trae sin seso ni gusto
desde esta mañana acá.
Como el hombre que se vela,
su mujer ha de velar,
en fe que es vela el honor
que el fuego suele quemar,
a velar vine a estas puertas
más celoso que galán,

que un marido es como un muerto,
pues le velan como a tal.
De temores y sospechas
cansado, que poco va
de estar cansado a casado
y más siendo a mi pesar.
¡A la fe que me dormí!
Yo confieso que hice mal,
que honra y sueño pocas
veces se guardaron amistad.
Echéme a aquestos umbrales;
que un marido ha de imitar
al mastín, que cuidadoso
a las puertas tién de estar.
Apenas que me dormí,
cuando comencé a soñar
que Niso me había vendido
un hermoso colmenar.
Yo, que no estaba contento
con la compra, vi llegar
a robarme la miel virgen
dos osos de Montalbán.
Como toda miel se pega,
y sin cera no hay panal,
y la cera junto al huego
por fuerza se ha de quemar,
viendo que se derretía
pretendílo remediar,
pues colmenas sin miel virgen
aun no valen la mitad.
Los celos, que son abejas,
y ya zánganos serán,
a los osos colmeneros
iban locos a picar.
Mas viendo su resistencia
comenzaron a gritar,
que sus voces son susurros,
"¡Ladrones en el lugar!"
Despertéme yo a mí mismo,
y a fe que a no despertar,

que de aquesta pesadilla,
muerte me diera el afán.
Salistes alborotados,
y pues presentes estáis,
sed testigos desde ahora
que no me quiero casar.
Colmenas tan peligrosas
en campos de libertad,
sin más guardas que a sí mismas,
comprarlas es necesidad.
Si a una viña ponen cercas,
y la guarda por demás
el lanzón de un viñadero,
pues las hurtan en agraz,
¿qué hará una colmena sola
en el campo, a voluntad
de cualquiera caminante
sino comer y picar?
A lo dulce no hay defensa,
Niso, que aunque en el corral
lo guardéis, hay quien las tapias
de él se atreverá a saltar.
Líbreme Dios de colmenas
con pies, que se subirán
en somo de las paredes
si una vez en ello dan.
Tienen alas las abejas,
y como en corchos están,
pesan poco y vuelan mucho,
pican honras y se van.
No curéis de persuadirme,
que si me ha dado pesar
aun durmiendo una mujer,
despierto, decid, ¿qué hará?
Primero que yo me case,
aunque me lo rueguen más,
torciéndomela cabeza
llevaré la cara atrás.
Esposo entonces seré
cuando de aquel olivar

nazca, en lugar de aceituna,
mi esposa. No hay más que hablar.

Vase

NISO: Oye, Maroto... ¡Maroto!

GASTÓN: Misterio tiene el hablar
mi pastor de esta manera.
Algo ha visto.

NISO: Pues se va
y mi hija menosprecia,
vaya con Dios el gañán,
que no es Laurencia mocosa
ni peina canas.

CORBATO: ¡Verdad!

GASTÓN: El casarse, mis amigos,
ha de ser con voluntad;
no le forcemos la suya.

NISO: ¿Qué llama, señor, forzar?
¿Peina canas mi Laurencia?

CORBATO: Que es un simple.

NISO: Vaya en paz
y no se case, hasta tanto
que lleve la cara atrás.

CORBATO: ¿Hay tal bruto? Siembre esposas
aquí, quizás nacerá
alguna que le enamore,
cual dice, en este olivar.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

*Salen don GASTÓN, doña PETRONILA,
LAURENCIA y LABRADORES*

PETRONILA: Bueno y apacible está
el prado, sentaos aquí.

GASTÓN: Si vuestro sol luz le da
en tapetes de tabí
estrados os prevendrá.

En vuestras hebras derrama
su tibia tez la retama,
vuestras mejillas hermosas
dan nuevo ser a las rosas
que Venus adora y ama.

Las maravillas se ven
en vuestros ardientes ojos,
la frente es jazmín también,
en la nariz los despojos
de la azucena están bien.

Si los dientes son azahar
que en grana pudo enlazar
Amor, que nació en verjeles,
muros hizo de claveles
en que se puedan guardar.

Y así el prado con su flor
imita vuestra belleza,
siendo planteles de olor
él de la Naturaleza,
vos, señora, del Amor.

PETRONILA: Favores de vuestra mano,
¿a quién no enriquecerán?
Si por venir con vos gano

las ternezas de galán
y los regalos de hermano.

Basta, señor don Gastón,
que por no dar ocasión
a que el alma se divierta,
tenéis tomada la puerta
a toda imaginación. Como
hermano me guardáis,
como galán me servís,
como esposo regaláis,
y a serlo todo venís,
pues que con todo os alzáis.

GASTÓN: No tanto, mi Petronila,
que no sepa que en el alma
sus flechas Amor afila,
y que el pensamiento en calma
esperanzas recopila.

Yo sé que tenéis capaz
la voluntad para extremos
del atrevido rapaz,
tanto, que en ella cabemos
otro y yo viviendo en paz.

Porque en casa semejante,
si él es aposentador,
posada dará bastante
para un hermano el Amor
y también para un amante.

PETRONILA: Si ése en el alma ha de entrar,
de vos vendrá acompañado,
pues cuando os quiera hospedar
costumbre es que un convidado
a otro pueda convidar.

GASTÓN: Como forastero pasa
un rayo, y de paso abrasa,
y es tal don Guillén, por Dios,
que, por quedarse con vos,
temo que me eche de casa.

Aunque si os caso con él,
diré, Petronila mía,
puesto que es trance crüel,

que por vuestra mejoría
dejaré mi casa en él.

PETRONILA: Eso no, que será poca
voluntad la que mostráis
si a dejarme se provoca,
y para que no salgáis
cerrará el alma la boca.

GASTÓN: Don Guillén de Montalbán
es mozo, noble, galán,
comendador generoso,
en las paces amoroso
y en las guerras capitán.

Escogile para vos,
y pienso que agradecéis
la elección que hice en los dos;
mas para que en él penséis
quedaos, bella hermana, adiós.

Que apacible compañía
os dejo, y yo, como suelo,
por ser inclinación mía,
de aves que mate al vuelo
volver cargado querría.

Vase don GASTÓN

PETRONILA: Pues Laurencia ¿en qué se entiende?

LAURENCIA: Nunca falta, mi señora,
a la gente labradora
en qué, y más la que pretende
casarse y se le despinta.

PETRONILA: ¿Echastes hogaño gansos?

LAURENCIA: Veinte hay que gordos y mansos
la nieve en ellos se pinta.

CORBATO: Dos de esos serán del cura.

LAURENCIA: ¿Diezma en todo?

CORBATO: Como lleva
en toda cosecha nueva
el diezmo de la verdura,
de los pollos, los lechones,

la fruta, el pan y cebada.
 ¿No fuera cosa extremada
 que diezmara en las quisiones,
 los males y calenturas?
 ¡Mala landre que le tome,
 como las maduras come
 comiera también las duras!

PETRONILA: ¡Mal estáis con él!

CORBATO: Quisiera
 que de diez días que he estado
 en la cama desahuciado,
 uno al cura le cupiera;
 diez melecinas me echaron
 una le vien de derecho.

NISO: Ley fuera ésa de provecho
 para el otro que azotaron,
 pues de quinientos tocinos
 cincuenta el cura llevara.

ARDENIO: Yo sé que a alguien le pesara,
 a usarse esos desatinos;
 que nadie quisiera ser
 casado en tales porfías,
 porque de diez en diez días
 le había de dar su mujer.

CORBATO: ¡Plugiera a Dios que él tuviera
 tres veces en cada mes
 esa carga! Que después,
 yo sé que el diezmo perdiera
 de lo demás que le damos,
 por no sufrir tanta pena.

ARDENIO: ¿Hay plomo, hay costal de arena
 como aqueste que llevamos
 a cuestras con las mujeres?

LAURENCIA: ¿Y nosotras que sufrimos?
 ¡Que hechas esclavas vivimos
 agúndonos los placeres
 vosotros; de hijos cargadas;
 ya callando, ya meciendo,
 mil dolores padeciendo,
 nueve meses de preñadas,

siempre con temor y susto
de que el parto nos asombre,
dejándonos cualquier hombre
la pena, y llevando el gusto!

NISO: No golosmeara Eva
de la manzana el sabor
y pariera sin dolor;
mas si tal trabajo lleva,
 Laurencia, la que se casa,
 ¿por qué os morís vos por ello?

LAURENCIA: ¿Yo?

NISO: Vos, pues que por sabello
no hay diablo que os tenga en casa.

MONTANO: En fin, ¿no quiso Maroto
desposarse?

NISO: No es la boda
para él. Sólo se acomoda
al ganado, monte y soto.
 Mas ¿qué es esto?

ARDENIO: Don Guillén
viene acá, que como sabe
que estáis aquí, y es tan grave,
al que como él quiere bien
 la ausencia, el estar sin vos
tendrá por tormento extraño.

LAURENCIA: Todo es mentira y engaño
el hombre. Líbreme Dios
 de creer más sus desvelos;
amarme fingió el traidor,
y mudándose su amor
sembró gusto y cogí celos.

*Salen don GUILLÉN, GALLARDO y
CRIADOS*

GUILLÉN: ¡Oh, serranos! A gozar
de vuestra conversación
me ha traído la ocasión.

NISO: Viniéndonos vos a honrar

será apacible esta tarde,
por más que el sol la molesta.

GUILLÉN: ¡Qué mucho abraza la fiesta
el prado, si haciendo alarde
el sol que flores perfila
con el oro que en él pasa,
otro sol de amor abrasa,
bella doña Petronila,
en vuestra hermosa presencia!

PETRONILA: Si como lo decís bien
amáis, señor don Guillén,
dichosa es por excelencia
la que serviros merece.
Sentaos, si gustáis, aquí.

GUILLÉN: Jamás la ocasión perdí
cuando el Amor me la ofrece.
Con vuestro hermano, señora,
he concertado de ser
vuestro esposo, y por tener
mientras se llega esa hora,
en quien el amor que os debo
se ejercite, que no es justo
que ocioso se embote el gusto,
esta serrana me llevo,
ensayaré en su hermosura
la que en vos pienso gozar.

*Cogen don GUILLÉN y GALLARDO a LAURENCIA y
llévanse la*

PETRONILA: ¿Qué es eso?

TODOS: ¡Aquí del lugar!

GUILLÉN: El que morir no procura
sosiéguese, o--¡vive Dios--
que le cuelgue de ese roble!

NISO: ¿Pues es ésa hazaña noble?

GUILLÉN: Llevadla vosotros dos
a Montalbán.

LAURENCIA: ¡Ay de mí!

GUILLÉN: Gallardo, aprisa con ella.

GALLARDO: No os quejéis, Laurencia bella,
 que os lleve Gallardo ansí,
 que también tiro yo gajes
 de don Guillén y su amor,
 pues lo que sobra al señor
 viene a parar en los pajes.
 Seréis de su gusto presa
 y hartaréisle en breve rato,
 gozándoos yo como plato
 que levante de la mesa.

Vanse con ella

PETRONILA: Don Guillén de Montalbán,
 respetad, si sois prudente,
 el ver que estoy yo presente.

GUILLÉN: El que no fue buen galán
 no puede ser buen marido.
 Quien cañas ha de jugar
 primero se ha de ensayar.
 Sólo a ensayarme he venido
 en Laurencia. Si os molesta
 la osadía que en mí veis,
 consolaos con que seréis
 de aqueste ensayo la fiesta.

Vase don GUILLÉN

NISO: ¿Hay tan gran bellaquería?
 ¿Que esto suframos, serranos?
 ¿Para qué mos dieron manos
 los cielos?

CORBATO: No sufriría
 tal afrenta aunque muriese.
 Juntemos todo el lugar.

PETRONILA: A mi hermano id a avisar.
 ¡Que a mis ojos se atreviese

a tal insulto! ¡Ay Amor,
qué mal me habéis empleado!

MAROTO: ¡Todo Estercuel salga armado
y muera aqueste traidor!
Niso será el capitán,
pues es alcalde.

NISO: Eso intento.
Vos alférez, vos sargento;
abrasaré a Montalbán
si aquesto adelante pasa.

TODOS: Vamos.

PETRONILA: Y mis desconsuelos
me abrasarán en sus celos
mientras Montalbán se abrasa.

Vanse los villanos. Sale don GASTÓN

GASTÓN: ¿Qué alboroto, hermana mía,
es éste? ¿Quién os da enojos
y las perlas de esos ojos
agravia, luz de mi día?
¿Dónde mis vasallos van
confusos y alborotados?

PETRONILA: Van a vengarse afrentados
del señor de Montalbán.
Confieso que le he querido;
porque como una afición
se funda en la inclinación
y no en consejos, han sido
en vano los que me han dado;
porque aun las travesuras,
por no llamarlas locuras,
que en don Guillén han causado
común aborrecimiento,
pudieran curar. Mi amor
es loco, y al fin furor
que ciega el entendimiento;
pero ya el no aborrecerle
fuera, más que amor, locura.

GASTÓN: Pues ¿qué hizo?

PETRONILA: ¡Gran ventura
fuera, hermano, no quererle!
Sin respetar mi presencia
ni el amor que le he tenido,
descortés como atrevido
llevó robada a Laurencia
con ayuda de criados,
que en la escuela de sus vicios
aprenden estos oficios.
Los pastores agraviados
han convocado el lugar
para intentar su venganza,
y yo ya sin esperanza
todo lo libro en llorar.

GASTÓN: ¿Es posible que este loco
a mis vasallos se atreva?
Si a Laurencia, hermana, lleva,
yo haré que la goce poco.
¡Vive Dios! Que ha de saber
quién es a quien ha ofendido.
¿Él en mi tierra atrevido?

PETRONILA: ¿Qué es lo que intentas hacer?

GASTÓN: Pegar fuego a Montalbán,
hacerle entender así
que es don Gastón Bardají
a quien ofende. Hoy verán
los que sustenta Aragón,
ya que mi paciencia instiga,
de la suerte que castiga
a don Guillén don Gastón.

PETRONILA: Hermano, su poco seso
perdona.

GASTÓN: ¿No te ha ofendido?

PETRONILA: Aunque es loco y atrevido,
que le adoro te confieso.
Busca otros medios más sabios.

GASTÓN: Pagaré lo que merece.

PETRONILA: El amor con celos crece
y se aumenta con agravios.

*Vanse. Salen don GUILLÉN, GALLARDO y
LAURENCIA*

GUILLÉN: Échala de aquí Gallardo.

¡Jesús, y qué mala cosa!
Juzgábala antes hermosa;
ya morir, viéndola, aguardo.

LAURENCIA: ¡Traidor! ¿Después de alcanzada
de ti soy aborrecida?

Huésped vil que la comida
no pagas ni la posada.

¿Será de noble esa empresa?

GUILLÉN: Echarla de aquí procura.

Vase

GALLARDO: Siempre echan en la basura
los relieves de la mesa.

Si sacuden los manteles
mándanme que los sacuda.
Adiós, que el amor se muda
en odio.

LAURENCIA: ¡Rabias crüeles
me incitan a la venganza!

GALLARDO: De todo manjar barato
un señor, si es tosco el plato,
un bocado sólo alcanza.

Yo tengo acción desde agora,
Laurencia, a tu hermoso talle,
y así no hay que rehusalle.
Gallardo, mi bien, te adora.

Deja la pena y recelo,
que el caballo que corrió
en silla, lo llevo yo
al pilón y voy en pelo.

LAURENCIA: ¡Grosero desenfrenado!

No incites más mi furor,

que puesto que a su señor
 es semejante el criado,
 no conoces bien mis bríos.

GALLARDO: Estaos, Laurencia, quedita.

Los zapatos que se quita
 mi señor son siempre míos;
 y así por mía os acoto;
 pues después que os ha calzado
 venís a ser del criado,
 porque sois zapato roto.

Sosegaos, Laurencia hermana,
 que soy discreto y galán,
 y vos, si antes cordobán,
 ya zapato de badana.

Dadme esa mano nevada.

LAURENCIA: ¡Oh infame!

Dale

GALLARDO: ¡Ay, que me mató!

Mano es la que os pido yo,
 Laurencia; no manotada.

LAURENCIA: Presto verá lo que puede

la afrenta en una mujer.
 Rayo del mundo he de ser;
 no piense el traidor que quede
 sin castigo su desprecio.

¡Vive Dios! Si mi lugar
 no me procura vengar,
 don Guillén, infame y necio,
 que, pues estoy deshonrada,
 mudando el traje y el nombre,
 que ha de verme Aragón hombre,
 vuelta la rueda en espada,
 hacer de mi injuria alarde.

Aunque la rueda mejor
 fuera para ti, traidor,
 que es insignia de cobarde.

Mas, pues la suerte nos trueca,

será, traidor, desde aquí
la espada el adorno en mí,
y en ti, villano, la rueca.

Vase LAURENCIA

GALLARDO: ¡Malos años y cuál va!

No quiero más tu afición,
que da coz y mojicón
que el diablo la esperará.

Amansarán sus querellas
si las sabe remediar,
y más que yo sé lugar
donde se curan doncellas.

Vase. Salen todos los VILLANOS, menos

NISO

MONTANO: No ha querido don Gastón

dejarnos salir contra él,
como es señor de Estercuel
obedecerle es razón.

Dice que este agravio se hizo
a él solo, y que así le toca
castigar la furia loca
de quien tan mal satisfizo
al honor que con su hermana
pensaba en Aragón darle,
y así va a desafiarle;
que si no a son de campana
habíamos convocado
todo el lugar.

CORBATO: ¿Qué, no hay quien
se libre de don Guillén?

ARDENIO: No imagino que ha quedado
doncella en esta comarca
que no le pague primicias.

CORBATO: ¿Es cura?

ARDENIO: De las malicias.
Todas las mochachas marca.

MONTANO: Aunque fuera el moro entre ellas
y Córdoba Montalbán,
pues el pecho que le dan
es cual el de cien doncellas.

CORBATO: Éste es turco aragonés.
¡Qué bien hizo en no casarse
Maroto!

ARDENIO: Fuera cargarse
la cabeza ya hecha pies.

MONTANO: Él es sabio, aunque parece
ignorante.

ARDENIO: Es buen cristiano.

CORBATO: Dios le tuvo de su mano,
y el cuerdo se está en sus trece.

MONTANO: Y Niso, ¿qué hace?

CORBATO: Lloro
de su Laurencia la afrenta.

ARDENIO: Si ella quisiera, a mi cuenta
que estoviera honrada agora.

CORBATO: Como allá dicen que andaba
con don Guillén de escondidas
en cuentos.

MONTANO: Están perdidas
por él las mozas.

ARDENIO: Habraba
con él los disantos todos,
ya en el soto, ya en el río.

MONTANO: Y aun por esa se hacen, tío,
de esos polvos estos lodos.
Tómese lo que se tiene,
y tenga agora paciencia;
mas ¿no es ésta Laurencia?

ARDENIO: La misma.

CORBATO: ¡Verá y cuál viene!

Sale LAURENCIA

LAURENCIA: ¿Qué hacéis aquí, afeminados,
hombres sólo en la apariencia,

en conversación infame,
que no sentís vuestra afrenta?
Gallinas, y aun no gallinas,
pues ya saben volver éstas
los picos contra el milano
que sus polluelos le lleva.
¿Qué pastor hay tan cobarde
que, con gritos, hondas, piedras,
no libre del lobo vil
la ya acometida oveja?
Una hormiga, si la quitan
el grano que avara encierra,
muerde atrevida al contrario.
Un mosquito se sustenta
de la sangre de un león,
y hasta la más torpe abeja
acomete vengativa
a quien roba sus colmenas.
Pues, gallinas, el milano
se atreve a las pollas tiernas
de vuestro lugar y casas,
¿y no vengáis vuestra ofensa?
El lobo bárbaro os roba,
villanos, una cordera
delante de vuestros ojos,
¿y le dejáis ir con ella?
Volved, hormigas cobardes,
por la agostada cosecha
del honor que os han quitado
de un traidor las insolencias.
Aún menos sois que mosquitos,
pues ninguno hay que se atreva
á sacar sangre afrentosa
a quien derrama la vuestra.
Mas, pues, vuestra cobardía
llevar los panales deja,
del colmenar de la fama
zánganos sois, que no abejas.
No os llaméis hombres, cobardes;
ceñid al lado las ruelas,

pues no sabéis ceñir armas
más que para la apariencia.
Si como sabéis guardar
las espadas que las vean
desnudas contra tiranos
guardarais las hijas vuestras,
no las violara la injuria;
mas si las espadas vuestras
son vírgenes, mal podréis
defender tantas doncellas.
¡Que a vuestros ojos un hombre
haga torpe y loca presa
en una frágil mujer,
en una vecina vuestra!
¡Que os lleve con ella la honra,
y que no tengáis vergüenza
de vivir y no vengaros!
¡Que estéis de aquesa manera
conversando unos con otros
como si en paces o fiestas,
contárades las hazañas
que emprendistes en la guerra!
Diez leguas de Zaragoza
vivís, y la gente de ella
son espejo de las armas,
blasones de la nobleza.
¿Cómo se os pega tan poco,
decid, gente aragonesa?
¿Por qué afrentáis vuestra pata
afeminados en ella?
Si no sois para vengaros,
llamad las mujeres vuestras;
pedidlas que os desagravien,
quejaos llorosos ante ellas,
y mientras se arman valientes
y la aguja en lanza truecan,
el acero por las galas,
las espadas por las rucas,
quedaos en casa vosotros,
hilad, barred, viles hembras;

jabonad y haced colada,
 que aunque la hagáis, yo estoy cierta
 que no sacaréis las manchas
 que en vuestra honra el agravio echa,
 si no es con sangre enemiga
 que es la más eficaz greda.
 ¿Calláis? ¿Teméis? ¿No venís?
 Mas ¿para qué? No os den pena
 injurias de vuestras hijas,
 comprad trompas y muñecas;
 jugad, niños, que es razón
 que mientras vive Laurencia
 ella tomará venganza.
 ¡Vive Dios! Que en vuestra afrenta
 ha de mudar, gente vil,
 el traje y naturaleza,
 por que os enseñe a ser hombres,
 siéndolo vuestra Laurencia.
 Bandos hay en Aragón;
 volviéndome bandolera,
 no he de dejar hombre a vida.
 ¡Guárdese de mí mi tierra!
 Que en vosotros los primeros
 he de vengar mis ofensas,
 y vestidos de mujeres
 sacaros a la vergüenza.
 El que hombre fuere, mis agravios sienta.
 ¡Al arma! ¡Don Guillén, serranos, muera!

Vase

CORBATO: Salpimentado nos ha.

ARDENIO: ¡Malos años para ella,
 y qué sabida que es!

MONTANO: No tién pelillo en la lengua;
 mas sóbrala la razón,

CORBATO: Si aquí su padre estuviera
 también llevara su parte.
 Pero ¡qué infamia es la vuestra!

Vamos, aunque mos lo estorbe
 don Gastón, y el fuego encienda
 a Montalbán y a su dueño,
 que si no es de esta manera
 corre peligro Estercuel.

TODOS: ¡Al arma! ¡Don Guillén muera!

ARDENIO: Muera; porque antes de un año
 no ha de haber en esta tierra
 una virgen por un ojo.

MONTANO: Si el fuego de Amor le quema
 un clavo saca otro clavo,
 con un fuego otro se venga.

CORBATO: La campana de concejo
 tocad, por que todos vengan
 a vengar nuestras injurias.

ARDENIO: ¡Al arma, serranos!

TODOS: ¡Guerra!

*Vanse. Salen don GUILLÉN y don
 GASTÓN*

GASTÓN: La cruz que traéis al pecho,
 señal de vuestra nobleza,
 para adornar la cabeza
 de los césares se ha hecho.
 Las veces que sin provecho
 la veo en hombres que no son
 de crédito y opinión,
 aunque lástima me da,
 sospecho que es cruz que está
 pintada en algún rincón.

En el más alto lugar
 y sublime chapitel
 se pone la cruz, y en él
 la suele el cuerdo estimar.
 La nobleza suele dar
 alto sitio cuando intenta
 darle el pecho, mas si afrenta
 la posesión, no se estime,

porque en la cruz más sublime
un pájaro vil se asienta.

Digo esto, y no sin razón,
porque aunque con ella os veo
adornar el pecho, creo
que es cruz que está en el rincón;
que puesto que ese blasón,
que ilustre y noble os ha hecho,
en vos es cruz sin provecho,
pues, según dais los indicios,
mil aves de torpes vicios
se asientan en vuestro pecho.

Yo, a lo menos, como suelo
adorar la cruz que ensalzo,
con reverencia la alzo
la vez que la hallo en el suelo.
Como es insignia que el cielo
reverencia, del lugar
donde no es decencia estar
la quito, y así al presente,
por no ser lugar decente,
la cruz os vengo a quitar.

Que, pues tan torpe afrentáis
mis vasallos, más castigo
os darán, siendo testigo
la cruz que al pecho lleváis.
Cuando las honras quitáis
a las doncellas, que en vano
os dan nombre de tirano,
sacáis vuestra infamia a luz,
pues delante de una cruz
el que peca es mal cristiano.

En vos está mal empleada,
y así vengo satisfecho,
que la cruz de vuestro pecho
quitará la de mi espada.
Mi tierra llora afrentada
por vos, y no será yerro
que la cólera que encierro,
la cruz os deje, si da

hoy la muerte, y servirá
de cruz para vuestro entierro.

GUILLÉN: Cuando vi que con cruz tanta
veníades, don Gastón,
os juzgaba procesión
que sale en semana santa.
Mas no me admira ni espanta
lo que os oigo, que el valor
que a mi sangre da favor
me enseña en nuestras querellas
que santiguándoos con ellas
mostráis tenerme temor.

Questión será peregrina
la que empezáis, dándoos luz
por la señal de la cruz
como niño de doctrina.

Dad en eso, que es divina
traza, y en vos señalada.
Predicad, no se os dé nada,
tendrá por nuevo favor
en vos un predicador,
Aragón, de la cruzada.

Que yo, más travieso y roto,
de mi valor haré alarde,
porque el hombre que es cobarde
siempre da por lo devoto.
Si vuestra tierra alboroto
mi gusto es, y está bien hecho,
y si no estáis satisfecho,
entrad con furia doblada
por la cruz de aquesta espada
a quitarme la del pecho.

Echan mano. Sale GALLARDO

GALLARDO: Don Guillén, a Montalbán.
ha puesto fuego Estercuel;
acude al remedio de él,
mira los gritos que dan.

GUILLÉN: Hazañas vuestras serán
 éstas, y vendréisnos luego
 a predicar con sosiego
 cruz, valor, fe y opinión,
 cuando pegáis a traición
 a vuestros vecinos fuego.

Pero agradeced ahora
 que ayuda mi gente pida,
 dándoos término de vida,
 a mi pesar, por un hora.

GASTÓN: La injuria, que es labradora,
 se ha vengado de esta suerte.
 Id, que en ceniza convierte
 la hacienda que os atropella,
 que cuando volváis sin ella
 entonces yo os daré muerte.

Éntranse por puertas diferentes. Sale

LAURENCIA, de hombre, ROBERTO, y los BANDOLEROS

LAURENCIA: En otro tiempo sintiera
 haber dado en vuestras manos;
 pero ya agravios villanos
 me mudaron de manera,
 que estoy contenta en extremo,
 Roberto, de andar con vos,
 por que vengüemos los dos
 agravios que ya no temo.
 Bandolero sois, Roberto,
 que de esta suerte se alcanza
 en Aragón la venganza.
 Don Guillén mi honor ha muerto;
 vengadme del y cobrad,
 si es deuda una obligación,
 de mí la satisfacción
 en oro de voluntad.
 Vuestra soy desde este día,
 sin honra ni fama estoy
 mientras venganza no doy,
 Roberto, a la afrenta mía.

Nadie me llame Laurencia,
que soy hombre en restaurar
mi honra, si fui en amar
mujer de poca experiencia.

En este traje pretendo
serviros, acompañaros,
suspenderos, asombraros,
y si en mi amor os enciendo
yo os pagaré de manera
que, no quedándoos deudora,
si me amasteis labradora
me queráis más bandolera.

ROBERTO: Cuando no haya yo ganado
con los bandos que profeso
sino el escucharos eso
y el traeros a mi lado,
dando deleite a mis ojos,
entretenimiento a amor,
al pecho esfuerzo y valor
y a la voluntad despojos,
tengo por ser bandolero
más dicha que por ser rey.
Compañeros, haced ley
de mi gusto. Desde hoy quiero
que mi Laurencia nos mande.
Ella es nuestro capitán.

BANDOLERO 1: Si por caudillo nos dan
un sol, en dicha tan grande,
¿quién habrá que nos resista?
Y qué presas no esperamos
si a cuantos vengan les damos
con este sol una vista?

BANDOLERO 2: Yo la estimo y reverencio.

ROBERTO: ¡Laurencia viva! Decid.

TODOS: ¡Viva Laurencia!

LAURENCIA: Advertid
que he de llamarme Laurencio,
y que de Roberto soy
amorosa compañera
pero con los demás fiera

leona y tigre desde hoy.

No ha de quedar hombre a vida
de cuantos a nuestras manos
vinieren, ya sean villanos,
ya de sangre conocida;
que quiero, por estos modos,
ya que mi amor banderizo,
que el mal que un hombre me hizo
lo vengan a pagar todos.

ROBERTO: Tu gusto es, mi bien, el nuestro.

LAURENCIA: No imagine don Guillén
que su villano desdén,
si en torpezas está diestro,
se ha de quedar sin castigo.
¡Vive Dios! Que ha de saber
que una ofendida mujer
es el mayor enemigo.

BANDOLERO 1: Gente parece que viene.

LAURENCIA: ¡Ojalá fuera el primero
mi ofensor!

Salen don GUILLÉN y GALLARDO

GUILLÉN: El fuego fiero
mi tierra asolada tiene.
¡Vive Dios que aquesta afrenta
la tengo de castigar,
si España vuelve a llorar
de su pérdida sangrienta
segunda vez el destrozo!
De enojo y cólera ardo;
yo haré en Aragón, Gallardo,
que se le convierta el gozo
de don Gastón en tristeza.
Yo le allanaré a Estercuel
por el suelo.

GALLARDO: Hazaña crüel,
indigna de su nobleza,
ha sido; mas--¡vive Dios!--

que, según los dos andamos,
no es mucho que nos perdamos
en esta ocasión los dos.

Los llantos de las doncellas,
que yo te he solicitado
y tú sin razón logrado
han llegado a las estrellas.

Dios por ellas nos castiga.

ROBERTO: Ténganse y las armas den.

LAURENCIA: (¡Cielos, éste es don Guillén! Aparte

Pues mi deshonra os obliga,
hoy verá Aragón en mí
que un agravio basta a hacer
tigre hircana a una mujer.)

GUILLÉN: ¿Que es esto?

GALLARDO: Purgar aquí

lo que pecamos los dos;
los que ves son bandoleros.

GUILLÉN: ¿Hay más males, cielos fieros?

Mas tengo ofendido a Dios,
no me espanto.

LAURENCIA: Don Guillén,

¿conocéisme?

GUILLÉN: Si creyera

los ojos, que eres dijera
Laurencia.

LAURENCIA: Y dijeras bien.

GUILLÉN: Pues ¿cómo? ¿Tú en este traje?

LAURENCIA: De tu amor vil le aprendí,

y por parecerme a ti
en el oficio y lenguaje,
cual ves me vuelvo en razón;
que, como ser ladrón quieres
del honor de las mujeres,
de ti aprendo a ser ladrón.

Cual bandolero asaltaste
mi honor, que era peregrino,
y saliéndole al camino
una joya le quitaste
que todo mi ser valía;

y cual suele el bandolero,
 en sacándole el dinero,
 la bolsa arrojar vacía,
 ingrato me despreciaste;
 que la mujer sin honor
 es un vaso sin licor,
 y como tal me arrojaste.

Yo, pues, que por ti ofendida
 a ser salteadora aprendo,
 quitarte agora pretendo
 la vil y bárbara vida.

Y sirviendo de cadalso
 un roble, cual tú crüel,
 te mandaré colgar de él
 como hacen al peso falso.

GUILLÉN: Laurencia, humilde confieso
 mi crueldad e ingritud;
 mas tu prudencia y virtud
 perdonen mi poco seso,
 que no querrás dar la muerte
 a quien tanto un tiempo amaste.

LAURENCIA: ¡Qué mal mi amor aplicaste!
 Con él pienso convencerte.
 La miel de un panal sabroso,
 si se corrompe, en acíbar
 convierte su dulce almíbar.
 Del vino más generoso
 sale el vinagre mejor,
 y a este modo, don Guillén,
 se engendra el mayor desdén
 del más firme y puro amor.
 El corazón--¡vive Dios!--
 te he de sacar y comer.

GALLARDO: ¿Y de mí qué vendrá a ser?

¡Cielos!

LAURENCIA: Venid acá vos,
 que sois corredor de oreja,
 de vicios casamentero,
 de juegos torpes tercero,

el que la ropa que deja
 vuestro señor os vestís,
 alzáis del deleite platos,
 calzáis sus rotos zapatos
 y de su sombra os cubrís.
 Venid acá.

GALLARDO: De rodillas
 puestas las manos, Laurencia,
 Gallardo os pide clemencia.
 No armaré desde hoy pandillas.

LAURENCIA: Sois un gran bellaco.

GALLARDO: En esto
 no hay señora que negar,
 es virtud el confesar,
 yo pecador lo confieso.

LAURENCIA: Tenéis muy bellacos hechos.

GALLARDO: ¿Qué mucho si en mí repara
 teniendo tan mala cara?

LAURENCIA: ¡Y qué mala!

GALLARDO: Los deshechos
 del mundo, porque se asombre
 de lo que alego en mi abono,
 mi padre iba a hacer un mono
 y por yerro hizo en mí un hombre.

Mire este rostro de cerca
 si con gana de reír viene,
 que cuando está mejor tiene
 color de gamuza puerca.

La nariz, segunda Roma
 que porque no me la hurtasen
 los que a envidiarla llegasen,
 me la remachó Mahoma.

Los ojos de cuya lumbre
 son las dos niñas morenas,
 de sangre y lagañas llenas
 por venirles su costumbre.

Y porque vea mi trabajo,
 en tres ojos con que vengo,
 sepa que almorranas tengo,
 así arriba como abajo.

¿Quién de un hombre tal pensara,
aunque más le persiguieran,
que almorranas le nacieran
en los ojos de la cara?

Pues la boca, y dentadura
en ella, una moza echó
el servicio, que creyó
ser carretón de basura.

Los hociquitos dirán,
según son gordos y bellos,
yo muy rubio, y belfos ellos,
que soy inglés o alemán.

Las manos cándidas, pues
que lisas, blandas y bellas,
por anillos traigo en ellas
los juanetes de los pies.

Pues el talle de bacique,
segundo Brunelo en todo,
que no hay dicho, mote, apodo
que al propio no se me aplique.

Pues si por el cuerpo saca
el alma que en él está,
¿qué tal el huésped será
de posada tan bellaca?

Por eso en el alma aguardo
lo que mi cuerpo promete;
traidora ella, él alcahuete,
y un bellacón, Gallardo,

Pues yo me culpo y me riño,
perdóneme, que si erré
como mozo y niño fué.

ROBERTO: ¡Válgate el diablo por niño!

BANDOLERO 1: ¿Tú niño? De Satanás.

LAURENCIA: Roberto, hoy tienes de ver
nuevas crueldades hacer,
sin que asombre al mundo más
Falaris, Sila o Nerón,
porque aventajarlos quiero.

ROBERTO: Si amorosa eres cordero,
injuriada eres león.

Pues tengo dicha en quererte,
 yo haré como no enojarte;
 pues viviré en agradarte
 y moriré en ofenderte.

LAURENCIA: Tráeme atados estos dos,
 imaginaré tormentos
 tan nuevos como sangrientos.

GUILLÉN: ¡Paciencia, cielos!

GALLARDO: ¡Par Dios,
 que es muy linda tu paciencia!

GUILLÉN: Pagaré locuras mías.

GALLARDO: Yo engaños, bellaquerías,
 mala vida y peor conciencia.

Vanse. Sale MAROTO

MAROTO: Soledades discretas,
 si es discreción comunicar con pocos
 pasiones que secretas
 dicen a voces, bárbaros y locos,
 con vosotras me entiendo
 que habláis callando y regaláis riendo.

Cautivarme quería
 quien envidioso está de mi ventura,
 con triste compañía,
 pues suele ser prisión una hermosura
 que con dulces cadenas,
 tal vez da por un gusto dos mil penas.

Más precio yo, mi prado,
 ser rey de vuestras flores y belleza,
 tejiendo coronado
 guirnaldas que regalen mi cabeza,
 entre el arado y bueyes
 que la diadema avara de los reyes.

Más precio los vasallos
 de mansas ovejuelas y corderos,
 que en coches y caballos
 la adulación de hechizos lisonjeros
 donde el engaño mira

que a la verdad oprime la mentira.

Más precio el pan moreno
con la cebolla y rústico tasajo,
que el banquete más lleno;
pues con la dulce salsa del trabajo
sustento mi alegría
sin miedo de la torpe apoplegía.

Más precio, cuando ordeño
las cabras en el tarro que en él eche,
para brindar al sueño,
el pecho que sus pechos paga en leche,
licor blando y sabroso,
que el vino más caliente y generoso.

Oh, soledad hermosa
con vosotras estoy solo casado,
no quiero tener esposa,
que la quietud de vuestro alegre prado
alivia mis desvelos
y conserva el honor sin tener celos.

Salen LAURENCIA y los BANDOLEROS

LAURENCIA: Atados en estos robles
servirán de puntería
hoy a la venganza mía
y a vuestras pistolas dobles.

Tirarán los pedreñales,
en señal de mi dureza,
al blanco de su torpeza,
pues fueron los dos iguales.

Al pedernal duro y ciego
que descalabró mi honor,
pues como su torpe amor
a puros golpes da fuego.

ROBERTO: Mi Laurencia, haz sacrificio
de quien le hizo de tu fama,
su sangre torpe derrama;
que ya su muerte codicio,
en fe que de don Guillén

estoy celoso y cobarde,
 porque al fin se olvida tarde
 lo que se ha querido bien.

LAURENCIA: Bien dices, cuando la injuria
 no llega a quitar la honra;
 pero el amor que deshonra
 sus llamas convierte en furia.

Mas ¿quién es éste? Aguardad.

ROBERTO: Un pastor grosero y roto.

LAURENCIA: ¿Éste, cielos, no es Maroto?
 Pues ya soy toda crueldad;
 que él por mujer no me quiso
 cuando guardarme pudiera
 y mi honor en pie viviera;
 pagará su poco aviso.

Prendelde.

MAROTO: ¿Qué es esto? ¡Ay cielo!

LAURENCIA: Laurencia, villano, soy.

MAROTO: Sea en buena hora, y yo le doy
 el parabién sin recelo,
 de ver que se ha vuelto hombre;
 que a fe que Dios la ha sacado
 de mujer que es de pecado,
 y pues en el traje y nombre
 se ha convertido en varón,
 déle barba Dios también,
 que no será hombre de bien
 si se convierte en capón.

LAURENCIA: A lo menos no lo fuera
 si yo os dejara con vida.

MAROTO: Pues ¿qué le he hecho yo?

LAURENCIA: Ofendida
 me tenéis.

..... [-era]

..... [-ar]

MAROTO: No hay mandamiento
 de casarásste.

LAURENCIA: Tormento,
 atado, aquí os han de dar.

MAROTO: ¿Porque casar no me quise?

LAURENCIA: Colgádmelo de ese olivo.

MAROTO: ¡Mas arre allá, que estoy vivo!

LAURENCIA: En su mismo daño avise.

Ea, colgadle.

MAROTO: ¡Mas no nada!

¿No ve que falta escalera?

Mas, pues me ahorca soltera,

¿qué hiciera estando casada?

LAURENCIA: Vivir honrada con vos,

sin llorar mi honor enojos.

MAROTO: Si me sacara los ojos

tuviéramos paz los dos;

que los maridos al uso,

y más si son cortesanos,

no tienen ojos ni manos,

que el oro vendas les puso.

Y de mi cura he sabido

que Dios sanó, porque pudo,

uno ciego, sordo y mudo,

que pienso que era marido.

LAURENCIA: Acabad, colgadle.

MAROTO: Atajo

es del cielo, no me espanta.

Más vale de la garganta

ser de un olivo colgajo,

que serlo en esta ocasión

de la cabeza.

ROBERTO: ¡Simpleza

notable!

MAROTO: De la cabeza

quedó colgado Absalón,

y si maridos pasaran

como él, quizá los más de ellos,

que traen ganchos por cabellos,

colgados también quedarán.

Sale un BANDOLERO

BANDOLERO 1: Mira, Roberto, por ti;

que todos estos lugares,
para vengar sus pesares,
se van convocando aquí.

Procura hacer resistencia
o embocarte en la espesura.

ROBERTO: ¿Qué haremos?

LAURENCIA: Probar ventura;
hoy veréis quién es Laurencia.

En matando a don Guillén,
acometerlos podremos
para que ricos quedemos,
que huír no parece bien.

ROBERTO: Moriré determinado
de defender tu beldad.

LAURENCIA: A ellos, pues, y dejad
aquí este villano atado.

Pero no, venga conmigo,
que si vitoria alcanzamos
de los que a acometer vamos,
después le daré castigo.

Vanse

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Salen LIRANO, MARBELIO y MAROTO

LIRANO: No fue nada; huyeron todos;
y aunque han ido por más gente,
cuando asaltarnos intente
no nos han de faltar modos,
si nos llevasen ventaja,
para emboscarnos, que aquí
todo es monte.

MARBELIO: Es así;
pero entre tanto que baja
la aragonesa cuadrilla,
de aqueste olivo colgad
ese hombre.

MAROTO: ¿Y que es verdad
que a vista de nuesa villa
me quieren ahorcar?

LIRANO: De noche
es, no hay que tener temor
que os salgan a dar favor.

MAROTO: Porque una mujer reproche
y con ella no me caso,
¿es justo matarme así?

LIRANO: Mándalo Laurencia.

MAROTO: Aquí
de un salto hasta el cielo paso.
Pero, pues hemos llegado
a hablar verdades, más quiero
morir ahorcado, soltero,
que estar vivo y ser casado.
Olivo, de mi fortuna

os doled, mirad mi daño,
 que no dais buen fruto hogaño
 ni Maroto es aceituna
 para que de vos colgado
 imitéis en tales dudas
 al saúco de do Judas
 dicen que estuvo ahorcado.

MARBELIO: Atalde mientras que apresto
 el cordel.

MAROTO: ¡Aquí del reye!
 Porque no me caso ¿es ley?
 ¿Es justicia?

MARBELIO: Acabad presto;
 pero, escuchad, que parece
 que hay rüido de batalla.

Dentro

VOCES: ¡A ellos, mueran, que es canalla!

OTRAS: ¡Mueran!

LIRANO: El peligro crece.

MARBELIO: Dejadle atado, y después
 volveremos a acabar
 lo empezado.

LIRANO: Si el lugar
 no le libra.

MARBELIO: Vamos, pues.

Vanse y dejan atado a MAROTO

MAROTO: ¡Madre de Dios, siempre he sido
 amigo y vueso devoto;
 porque no quiere Maroto
 ser de una loca marido,
 me matan, Madre de Dios!
 Toda boda es peligrosa,
 yo no quiero más esposa
 ni más amores que a vos;

las demás que esposas son
 las manos y libertad
 atan, que al fin es verdad
 que toda esposa es prisión.

Pero vos, que a los humanos
 desatáis libertadora,
 pues que sois mi esposa agora
 desatad mis pies y manos.

Que porque no me maltrate
 quien mi muerte sentenció,
 si así una mujer me ató
 otra es bien que me desate.

*Ábrese un olivo, y entre sus ramas está
 una imagen de la VIRGEN, Nuestra Señora de la
 Merced*

VIRGEN: ¡Maroto!

MAROTO: ¡Ay, Dios! ¿Quién me nombra?

VIRGEN: Alza alegre la cabeza.

MAROTO: ¿Quién sois, divina Señora?

VIRGEN: Quien tu fe y devoción prueba.

La Dama del Olivar
 ha de llamarme esta tierra,
 consagrándola mi nombre
 y honrándola mi presencia.
 El olivo significa
 misericordia, y la iglesia
 se alumbra con su licor.
 Misericordia es clemencia,
 la clemencia a nadie mata,
 siendo esta verdad tan cierta,
 necio es quien en este olivo
 darte muerte ciego intenta.
 Yo, que al fin soy la paloma
 que en el diluvio y tormenta,
 que en el mar de los pecados
 todos los hombres anega,
 desde el arca de Noé,

de la ley de gracia nueva,
el ramo de oliva traje
que anuncia la pascua eterna.
Aquel pimpollo admirable,
ramo de la oliva inmensa,
que siempre verde y florido
el tronco del padre engendra.
Aquel ramo que plantó
el labrador que sustenta
los cielos en mis entrañas,
sin que humana obra se atreva
a poner en su labor
la mano, porque en vez de ella
es el Espíritu Santo
quien la planta y quien la riega.
Aquel engerto divino,
que de dos naturalezas
en un supuesto da el fruto
que sana el que comió Eva.
En fin, yo la oliva soy
que a Dios hombre cría y lleva,
que es aceite derramado
en el lugar de la iglesia.
Yo, pues, que en ella quedé
por legítima heredera,
por ser hija, madre, esposa,
de los tres que en uno reinan,
he plantado un olivar,
que puesto que agora empieza
a crecer, se extenderá
por el orbe de la tierra.
Cuatro frutos dará al año,
aunque de especies diversas,
porque su fertilidad
cause asombro a quien la vea.
Será el primero sabroso
por el voto de pobreza,
que aunque la forzosa amarga,
la voluntaria deleita.
Pues no sin causa la oliva

es amarga a quien la prueba
verde, y después por sabrosa
honra la más noble mesa.

Tras este fruto se sigue
el segundo de obediencia,
mortificando sus gustos
a la voluntad ajena;
que por eso la aceituna,
que es su símbolo, se quiebra,
muele, parte y martiriza
en el lagar y la prensa,
de donde el aceite puro
se saca, que a Dios recrea;
que después de los trabajos
ofrece luz la paciencia.

El tercero es castidad,
fruto que la palma lleva
a todas cuantas virtudes
a los santos hermocean.
Que no sin causa el aceite,
si con el agua le mezclan,
a otro licor le juntan,
por más que con él le envuelvan
siempre está encima de todos;
que siendo el cielo su esfera,
como rey de las virtudes
sobre todas triunfa y reina,

El cuarto la caridad,
emperatriz que gobierna
los cielos y rige el mundo;
fuego que abrasa y no quema;
luz que alumbra a todo hombre;
que, en fe de esto, en nuestra
iglesia da luz de noche y de día
y el fuego de amor sustenta.

Redimirá aqueste fruto
los cautivos que atormenta
el blasfemo y torpe amor,
para que con fama eterna,
llamándose redentores,

den sus vidas y su hacienda
por sus hermanos, que oprimen
las crueldades sarracenas.
Darán para ellos sus vidas,
quedándose en sus cadenas,
porque ellos salgan seguros,
virtud excelente y nueva.
Pero, en fin, como la oliva,
que toda a todos se entrega
dejándose hacer pedazos,
dando sus entrañas mismas,
llamaráse este olivar
de la Merced, porque en ella
la han de hallar sus oprimidos,
blasón que ha de ennoblecerla...
Y para que estimes más
esta heredad, que comienza
de esta tierra a florear
con divinas influencias,
un rey es su labrador
para que más se ennoblezca.
Mira cómo con sus armas
la autoriza su nobleza.
Don Jaime el conquistador,
que entra triunfando en Valencia,
le planta y le da principio,
¿qué maravilla que crezca?
Del pecho piadoso nace
de Pedro Nolasco, piedra
fundamental, que promete
en el valor y firmeza.

*Con los santos y corona que refiere ha de estar
adornado el árbol*

Por primicias de ese fruto
es la primer fruta nueva
otro Pedro de Armengol,
que de él, como oliva cuelga.

Un Ramón es verde rama
que mi olivar fertil echa,
no nacido y milagroso
que con un candado cierran,
porque tal aceite y fruto
en fe de lo que se precia,
con candado ha de guardarse
para dar luz a mi iglesia.

Un Serapión es esotro,
oliva sabrosa y tierna,
que en el lugar del martirio
descoyuntan y atormentan.

La corona que remata
este olivo, a todos muestra
que es real, militar y noble,
para que a todos exceda.

Siendo, pues, de tal valor
esta heredad, porque tenga
lo necesario, he querido
que aquí se labre una iglesia
donde mi aceite se guarde,
y con mi misma presencia
se autorice en Aragón
que a esta orden sirve y precia.

Ve, pues, pastor, a Estercuel,
su gente convoca, y llega
a su señor, mi devoto,
llama y diles que aquí vengan,
y este sitio me dediquen
con un templo, donde vean
mi imagen, que en este olivo
como en su trono se asienta,
y dándole a la merced
estimen la Merced nueva
que les vengo a hacer propicia,
y tú, por que goces de ella,
pues por esposa me elijes,
el ganado y campos deja,
y sírveme en esta casa,
pues el que me sirve reina.

Encúbrese

MAROTO: ¡Oh visión digna de espanto!

Pues que me libras y sueltas
y tengo en ti tal esposa,
dete alabanzas mi lengua.
A hacer voy lo que me mandas.
Religión piadosa y tierna,
yo os serviré desde hoy más.
Olivar de fama eterna,
desde hoy quedará memoria
que celebre tu grandeza,
la Dama del Olivar,
de amor y de dichas prenda.

*Vase. Sacan a don GUILLÉN los LABRADORES, y
salen don GASTÓN y doña PETRONILA*

NISO: Huyeron los bandoleros,
y a dos encinas atados,
para pagar sus pecados,
aquestos dos lobos fieros
de nuestras tiernas ovejas
se dejaron.

CORBATO: Permisi6n
del cielo, pues ellos son
la causa de nuestras quejas.

GASTÓN: A mi poder, don Guillén,
la Fortuna os ha traído,
y aunque de vos ofendido
querellas justas me den
mis vasallos, y pudiera
satisfacerla con vos,
el valor que me dio Dios
mi agravio no considera.
Sin mi gusto a Montalbán
os quemaron mis vasallos,

que no pude refrenallos,
 porque ofendidos están.

Que cuando la injuria es tal,
 las riendas del tiento pierde,
 y un perro con rabia muerde
 con ser tan fiel animal.

Mostrara ser caballero
 agora, y libre os dejara,
 si en daño no resultara,
 como sabéis, de tercero.

Pero haciéndolo, provocho
 todo el lugar de Estercuel,
 y ya sabéis cuán crüel
 es un pueblo y vulgo loco.

Mientras Laurencia parece
 y se aplaca tanto exceso,
 será razón que estéis preso,
 y el alcaide que os ofrece
 mi nobleza, es a mi hermana,
 que en regalo y cortesía
 dará muestras que lo es mía.

GUILLÉN: Libertad mi suerte gana
 con ser yo su prisionero;
 y aunque estimo este favor,
 sois caballero mayor
 y en Aragón el primero.

Bien pudiérades mostrar
 vuestro poder por mil modos,
 que vuestros vasallos todos,
 son de bien y mal pasar
 y a vuestro gusto obedientes.
 Cuando libertad me deis
 han de aprobar lo que hacéis
 sin mirar inconvenientes;
 pero hacer podéis de mí
 vuestro gusto, pues estoy
 sujeto.

GASTÓN: Su señor soy,
 mas el valor que adquirí
 quiere, por más que me amen

si de bien y mal pasar
son, que los de este lugar
no de mal pasar se llamen.

Mas solo de pasar bien,
que cuando a regirlos vengo,
los viejos por padres tengo
y por hermanos también
los mozos, porque es mejor,
para poder gobernallos,
hacer hijos de vasallos
y convertir en amor

el poder, que no han de dar
como encina el fruto a palos,
pues por fuerza saldrán malos
vasallos de mal pasar.

GUILLÉN: Enseñáisme, don Gastón,
a vivir por vuestro preso,
y obligado me confieso,
puesto que si mi prisión
goza de tal carcelera
más parece libertad.

PETRONILA: (¡Que tenga yo voluntad Aparte
A quien no la considera!
¡Oh, fuerza de un dios tirano!
Libraréle, que es rigor
prender a quien tengo amor.)

Llévanle y vase doña PETRONILA

GASTÓN: Éste queda en vuestra mano.
Como no le deis la muerte
ni saquéis sangre, vengad
en él vuestra voluntad
para que a enmendarse acierte.

NISO: Hacéisnos señor merced.
¡Yo os juro a San...! alcahuete,
que heis de pagarlo.

GALLARDO: Hoy promete,
Gallardo, enmienda. Tened,

lástima de este lacayo.

CORBATO: Allá lo veréis, venid.

ARDENIO: No le saquéis, advertid,
sangre...

NISO: Yo os voto a mi sayo
que la afrenta de Laurencia
nos la habéis hoy de pagar.

ARDENIO: No le podréis azotar
mientras no mos den licencia
de sacarle sangre.

NISO: Bueno;
desnúdele yo una vez,
que siendo como la pez
dentro, y de fuera moreno,
en él quebraré mi cinta
sin miedo que se desangre,
porque éste no tiene sangre,
sino en lugar de ella, tinta.

Llévanle. Sale MAROTO

MAROTO: Señor: dad gracias al cielo
y vuestra dicha estimad,
en vuestra misma heredad
para premiar vuestro celo,
un tesoro hay encerrado
que con él rico quedéis.
..... [-éis].

NISO: ¿Tesoro?

MAROTO: Un tesoro he hallado
en el olivar.

GASTÓN: Maroto,
¿qué decís? ¿estáis en vos?

MAROTO: No hay cosa, después de Dios,
que valga tanto.

CORBATO: Remoto
venís de vuestro juicio.

ARDENIO: ¿Qué tesoro puede haber
que tanto llegue a valer?

MAROTO: Ni el sol, a quien sacrificio
hicieron tantas naciones,

ni del cielo el mejor santo,
 ni un serafín vale tanto.
 Si no creéis mis razones,
 venid, y sobre un olivo
 veréis la Fénix que es una,
 la Estrella del mar, la Luna,
 la que es Hija de Dios vivo,
 de Dios vivo Madre hermosa,
 de Dios vivo Esposa bella,
 porque se encierran en ella
 ser Hija, Madre y Esposa.

Atado en él me dejaron
 los bandoleros crüeles,
 y rompiendo los cordeles
 mis tinieblas alumbraron
 sus rayos de luz divina.

Mandóme que aquí viniese
 y que a todos os dijese,
 si servirla determina
 nueso dueño y Estercuel,
 que una casa la edifiquen
 y a la imagen la dediquen
 que es la flor y fruto de él,
 y a los Padres Redentores
 de la Merced se la den,
 porque su merced también
 nos ha de hacer mil favores.

¿Hay tesoro que sea igual?
 Venid conmigo y veréis
 la verdad que no creéis.

CORBATO: No habéis vos bebido mal.

¡Ao, por santo se nos vende!
 Diz que la Virgen María
 del cielo ahablarle venía.

ARDENIO: Sí, por cierto.

NISO: Bien lo entiende.

GALLARDO: Él, es verdad, que es buen hombre
 y devoto, mas no tanto
 que quiera hacérsenos santo
 y con milagros asombre.

La imagen que España goza
 a su apóstol por lo menos
 mostró sus ojos serenos
 dando vida a Zaragoza
 y renombre a su Pilar;
 pero ¡a un pastor simple y tosco!

MAROTO: Que soy pecador conozco;
 pero no habéis de mirar
 mi indigno ser y bajeza,
 que Dios desprecia tal vez
 de los hombres la altivez
 y antepone la pobreza.

GASTÓN: Cosas de milagro son,
 Maroto, dificultosas,
 y al crédito peligrosas.
 Mirad que será ilusión
 del demonio, que ya sabe
 transformarle en una cruz
 y fingirse ángel de luz
 porque de perderse acabe
 el simple que es indiscreto.
 Vuelva vuestro seso en sí,
 que éste será frenesí
 o ilusión vana.

MAROTO: En efeto
 que la dicha que os ofrezco
 ¿no creéis?

NISO: Andad con Dios.

GASTÓN: Ni hasta aquí sois santo vos,
 ni yo tanto bien merezco.

Vanse

MAROTO: En fin, no quieren dar fe,
 dulce esposa, a mis palabras,
 a mis ovejas y cabras
 corrido me volveré.
 Vos los podréis alumbrar
 con otro mejor testigo

mientras yo adoro y bendigo
la Dama del Olivar.

*Vase. Salen los LABRADORES con GALLARDO, y sacan un
vaso con una purga*

NISO: Ea, ténganle los dos,
 que yo le he de dar tormento.

GALLARDO: Señores míos, con tiento.

CORBATO: Calle.

GALLARDO: Por amor de Dios;
 ya saben que esto ha de ser
 sin sacar sangre.

NISO: El humor
 queremos sacar, traidor,
 que bellaco os vino a hacer,
 y a todos nos alborota.
 Callad, y sufrí el castigo.

GALLARDO: Sin sacar sangre les digo.

ARDENIO: No os sacarán ni una gota.

GALLARDO: Pues ¿qué ha de ser?

NISO: Esta purga
 habéis de beber aquí.

GALLARDO: ¿Purgarme en salud á mí?

CORBATO: La bellaquería os hurga
 allá dentro, y es razón
 que quedéis limpio del todo.

GALLARDO: No cumpliréis de ese modo
 lo que manda don Gastón.

MONTANO: ¿Por qué?

GALLARDO: ¿No dice que sea
 sin que sangre me saquéis?

NISO: Sólo quiero que os purguéis,
 nadie sangraros desea.

GALLARDO: Esas razones son vanas,
 pues mal me podréis purgar
 sin que sangre venga a echar,
 que estoy malo de almorranas.

MONTANO: No se entienda el mandamiento

de sangre que sin castigo
sale por roín postigo.

NISO: Tomad.

GALLARDO: ¿Hay igual tormento?
Que he de morirme es notorio.

CORBATO: Purgad vuestro mal gobierno
y pasaréis al infierno
desde aqueste purgatorio.

GALLARDO: Eso es fuera de razón;
al que al purgatorio pasa
el infierno no le abrasa.

NISO: ¿Pues eso no es de pasión,
que pasaporte os darán?

ARDENIO: ¡Vaya de purga!

GALLARDO: ¿No sabes
que purgarse sin jarabes
es mal hecho?

NISO: En Montalbán
os jaropeastes primero.

GALLARDO: ¿Con qué?

NISO: Con bellaquerías,
jarabes todos los días
tomabais alcabalero.

GALLARDO: ¿Cuál es?

NISO: Guindas serenadas
con azúcar.

GALLARDO: Yo, ¿qué es de ellas?

NISO: ¿No son guindas las doncellas
agridulces coloradas?

¿No las sacábades vos
de noche por el sereno?

¿Decid, cacique moreno,
y a la mañana los dos
las echábades traviosos?

GALLARDO: Si son guindas las que escucho,
quien come guindas, no es mucho
que arroje después los huesos.

NISO: Jaropado estáis, purgar
os falta agora.

GALLARDO: ¿No sabes

que la purga y los jarales
siempre se han de confremar?

Si doncellas serenadas
me jaropan, ¡fuego en ellas!
Los jarabes de doncellas
piden purga de casadas.

CORBATO: Bien rehusáis para vos.

NISO: ¿Aún ahí vos las tenéis?
Bebedla, si no queréis
que el cincho me quite.

GALLARDO: ¡Ay, Dios!
¿No hay vinagre o aceituna
con que la tome?

CORBATO: Esa cara
toda es vinagre.

GALLARDO: Repara...

CORBATO: No hay reparación ninguna.
Abra la boca le digo.

GALLARDO: ¡Puf!

NISO: ¿Pues qué? ¿No huele bien?

GALLARDO: Huele a ruibarbo y a sen.

NISO: ¡Ea!

GALLARDO: ¡Dios vaya conmigo!

CORBATO: Agora que esto está hecho
venga y verá lo que falta.

GALLARDO: El alma en las tripas salta.

NISO: Calle, que es de gran provecho.

GALLARDO: Señores, hagan su oficio,
que si dónde no me dan,
de mi cámara serán
y estarán a mi servicio.

NISO: Allá lo veréis, vení.

GALLARDO: Ya la prisa me provoca,
la purga tengo en la boca.

ARDENIO: No ha de colar por ahí.

GALLARDO: Déjenme, pues.

MONTANO: ¡Bien, a fe!
Aún no sabéis el soceso.

GALLARDO: No importa llevarme preso,
porque yo me soltaré.

Vanse. Sale MAROTO

MAROTO: Madre mía, esposa mía,
yo llevé vuestro recado,
nadie crédito me ha dado,
que juzgan a hipocresía
mi buen celo. ¿Qué he de hacer?
Pena notable recibo.

Aparécese Nuestra Señora, la VIRGEN

VIRGEN: Maroto.

MAROTO: ¿Sobre el olivo
os merezco otra vez ver?

VIRGEN: Vuelve y dile a don Gastón
que, estimando su ventura,
venga, y si gozar procura
tan celestial ocasión,
que aquí me labre una casa
y a la Merced se la dé.

MAROTO: ¿Cómo si no me dan fe
y es mi suerte tan escasa
que burlan de mi simpleza?

VIRGEN: Llégate, Maroto, acá;
ahora te creará.

*Vuelve la cabeza atrás y
encúbrese*

MAROTO: ¡Ay, Dios! ¿Qué es de mi cabeza?
¿Qué es de mi cara? No tiento
si cogote y colodrillo,
señora, si he de decillo,
¿con qué boca, con qué aliento?
Pero a las espaldas tengo
la cara que me torció

el rostro, y acá le echó.
Un hombre hecho revés vengo.

Si Estercuel en mí repara,
de verme tendrá temor,
o creerá que soy traidor,
pues llevo detrás la cara.

No la puedo revolver,
los carcañales me miro,
no sin ocasión me admiro,
¿cómo tengo de comer?

Adelante la barriga
y a las espaldas la boca.
¿Qué es esto? Simpleza loca.
¿Quién de esta suerte os castiga?

Mas, pues me manda que acuda
la Virgen, así hecho un mostro,
y echándome atrás el rostro
en hombre al revés me muda,
y es mi cuello de tornillo
que alrededor se me anda,
vo a decir lo que me manda
y a hablar por el colodrillo,
que con señal semejante
me creerán, y de hoy más
los pies irán hacia atrás
para andar hacia delante.

Vase. Salen don GUILLÉN y doña PETRONILA

PETRONILA: Ya, don Guillén, que vuestra carcelera
me hizo don Gastón, porque ha sabido
serlo mío el amor y llama fiera
que en fuego me abrasó, no agradecido
porque os privéis de tanta gente fiera
y pueblo que de vos se ve ofendido,
y os quiere aquí abrasar de enojo ciego,
siendo verdugo un fuego de otro fuego,
si palabra me dais de ser mi esposo,
puesto que en vos palabras viento sean,

de aqueste trance, fiero y peligroso,
sacaros quiero, porque todos vean
que en mí el amor es noble y generoso,
si el vuestro ingrato, y en piedad se emplean
mis pensamientos, dando en lo que hoy hago
a vuestra ingratitud diverso pago.

GUILLÉN: Hermosa Petronila, arrepentido
de tantas travesuras como he hecho,
jamás han de borrar tiempo ni olvido
favores nobles de ese hidalgo pecho;
a vuestra voluntad estoy rendido
y de amor tan notable satisfecho.
Ya preso quede, ya me deis la vida,
a vuestro amor desde hoy queda rendida.

Si en mí tiene valor el juramento,
por la cruz que ennoblece aqueste lado,
a quien servir desde hoy humilde intento,
si hasta aquí indignamente la he llevado,
por el cielo y su hermoso firmamento,
por esos ojos, en quien han hallado
mis travesuras fin, mi amor reposo,
de ser, agradecido, vuestro esposo.

PETRONILA: Pues por este portillo, que secreto
sale al campo y ninguno le ha sabido,
podéis libre salir, y tenga efeto
lo que me habéis jurado y prometido.

GUILLÉN: Si en Montalbán me veo, yo os prometo
de dar orden al punto, agradecido,
al desposorio que a mi amor conviene.

PETRONILA: Salid, pues; mas ¿qué es esto? Gente viene.

Sale GALLARDO

GALLARDO: Desátame aquestas manos,
señor, por amor de Dios.
Desatacadme los dos.
¡Lleve el diablo a los villanos!

GUILLÉN: ¿Es tiempo éste de locuras?
¿Qué dices?

GALLARDO: ¡Ay!

GUILLÉN: ¿Qué es esto?

GALLARDO: Desatadme presto, presto.

GUILLÉN: ¿Qué hay, pues?

GALLARDO: ¡Bravas apreturas
Hay, que el ruibarbo me hurga
las tripas. ¿Quién vio purgado,
señor, jamás atacado?

GUILLÉN: ¿Qué tienes?

GALLARDO: Estoy de purga.
Córtame estas agujetas,
o sin ser juez--¡vive Dios!--
que me provea en los dos.

GUILLÉN: ¿Qué te han hecho?

GALLARDO: ¡Si me aprietas
será fuerza que me afloje!

PETRONILA: Ya sueltas las manos tienes.

GUILLÉN: ¿Cómo de esa suerte vienes?

GALLARDO: Cuando menos me congoje
este mal, te lo diré.
Más tienen de dos mil nudos
aquestos lazos cornudos,
mas, par Dios, que los corté.
Aguarda, que luego vuelvo
a contarte lo que pasa.

Vase

GUILLÉN: Agora que el sol abrasa
en no salir me resuelvo.

PETRONILA: De noche será mejor,
no te sientan los villanos.

GUILLÉN: Yo agradeceré a tus manos
mi vida, ser y favor.

Sale GALLARDO

GALLARDO: Ya que aliviado me siento,

cumpliendo en este discurso,
 señor, con el primer curso
 sin estudiar, va de cuento.

Mandó a aquestos villanotes
 don Gastón que se vengasen
 en mí, sin que me sacasen
 sangre; libréme de azotes
 y toda mutilación;
 mas hallaron un tormento
 Mucho aprieta este argumento,
 voy a darle solución.

Vase

GUILLÉN: Si ha de sentir vuestro hermano
 que me libréis

PETRONILA: Don Guillén:
 mi hermano me quiere bien,
 y es tan noble y cortesano,
 que si los dos nos casamos
 será extraño su contento.

Sale GALLARDO

GALLARDO: Pero hallaron un tormento,
 aquí pienso que quedamos,
 para mi daño y su risa,
 [-arme]
 y fue purgarme, atacarme...
 ¡Válgate el diablo por prisa!

Vase. Sale don GASTÓN

GASTÓN: A ver hermana del modo
 que vuestro preso guardáis
 he venido, y pues estáis
 con tal cuidado el día todo
 sin que le perdáis de vista,
 no por descuido se irá.

PETRONILA: Preso, hermano mío, está,
sin que se queje o resista.

En la obligación que os tiene
deseoso de pagar
en cosa que os ha de dar
gusto, y a mí me conviene.

GUILLÉN: Vuestra hermana y mi señora,
puesto que es mi carcelera,
interceder por mí espera
y ser mi procuradora.

Y yo, si de este lenguaje
usar con ella es razón,
con el alma y corazón
le pagaré el carcelaje.

GASTÓN: Si yo os veo, don Guillén,
con el sosiego que es justo,
tendré en eso mucho gusto.

Sale MAROTO con la cabeza torcida

MAROTO: Cuantos me escuchan y ven
se admiran de la postura
de mi cabeza trocada.

GASTÓN: ¿Qué es esto?

MAROTO: Una cabezada
que hoy me ha dado mi ventura.

Como todos ponéis duda
en mi grosera simpleza
y habéis dado de cabeza,
mi cabeza, cual veis, muda,
la Dama del Olivar,
para que tanto portento
hoy os sirva de escarmiento
y la vengáis a buscar.

Asíome con ambas manos,
y como es de barro el hombre,
porque este caso os asombre
y me deis fe más humanos,
de una vuelta que me dio,

cual si fuera de tornillo,
 acá me echó el colodrillo
 y acá la cara me echó.

Dice que esto sea señal
 de que en el olivo hermoso
 os espera, y que un famoso
 convento, en fábrica real,
 la labréis allí en que viva,
 que su sagrario ha de ser
 el olivo, donde a ver
 vaya Aragón esta oliva;
 que a los padres Redentores
 se entregue la dicha casa,
 por ser gente que a Argel pasa
 y con divinos fervores
 como olivos frutifican
 en la casa de su Dios.
 Patrón habéis de ser vos
 si este templo la fabrican
 dejando el blasón aquí
 eternamente fundado
 del renombre que ha ganado
 la sangre de Bardají.

GASTÓN: ¡Caso nuevo!

PETRONILA: ¡Gran milagro!

GASTÓN: ¡Virgen santa! Don Gastón
 os pide humilde perdón.
 Yo desde agora os consagro
 esa casa, que ha de ser
 honra de mi descendencia.
 No perdamos tal presencia.
 Venid don Guillén a ver
 esta nueva maravilla.
 Suelto estáis, que no es razón
 que nadie quede en prisión.
 si está la reina en mi villa.

GUILLÉN: Debidas gracias os doy.

GASTÓN: A la Virgen se las dad.

GUILLÉN: Pagaré la libertad,
 Petronila hermosa, hoy

con quedar de nuevo preso
 en el lazo y yugo santo
 vuestro, si merezco tanto.

PETRONILA: Mi ventura estriba en eso.

Sale GALLARDO

GALLARDO: En fin, las manos atadas
 y la purga en la barriga...

GASTÓN: ¿Qué es esto?

GALLARDO: Es cierta fatiga
 de tripas alborotadas.

GASTÓN: ¡Gallardo! Descolorido
 estáis. ¿Habraos maltratado
 esta gente?

GALLARDO: Hanme sacado
 el alma a traición.

GASTÓN: ¿Qué ha sido?

GALLARDO: Escarmentar desde hoy
 más de alcahuetar a ninguno.

GASTÓN: Pues ¿qué es?

GALLARDO: Un mal importuno,
 mal de madre por detrás.

Poeta, señor, me he vuelto,
 que en lugar de redondillas
 a pares las seguidillas
 echo, y mucho verso suelto.

Que me declare, dirás,
 y así a lo pulido digo
 que vengo por más castigo
 con vómitos por detrás.

GASTÓN: ¡Buen humor!

GALLARDO: El bueno y malo
 he purgado, ¡vive Dios!

GUILLÉN: Suelos estamos los dos.

GALLARDO: Para ti será regalo
 que, en fin, por tu vida has vuelto;
 mas yo que con tal pasión,
 sin cadenas ni prisión,

cada momento me suelto.

¿Qué he de hacer? Pero ¿qué es esto?

¿Quién la cara os puso así?

MAROTO: Vamos, señores, de aquí;
así el cielo me la ha puesto.

GALLARDO: En eso nos parecemos
los dos, sin ser Galalón,
que las caras a traición
y la enfermedad tenemos.

GASTÓN: Virgen, yo os haré una casa
en que os sirva la Merced.
¡Vos a todos nos la haced!

GUILLÉN: Desde hoy vuestro amor me abrasa,
doña Petronila hermosa,
y dejando travesuras
he de fundar mis venturas
en teneros por esposa.

GALLARDO: Yo me holgara si tuviera
la cara atrás como vos,
que de esta suerte, par Dios,
que lo que purgara viera.

Vanse. Salen los VILLANOS

NISO: ¿Mi Laurencia bandolera
después de estar deshonrada?
¿Y no ha de ser castigada
la torpeza infame y fiera
de quien ha sido ocasión
de tanto mal? ¿Esto es bien?
Si no mata a don Guillén
y me venga don Gastón
tendré causa contra él justa.

ARDENIO: Don Gastón de Bardají
es noble y cuerdo, y así,
pues de traiciones no gusta,
cumplirá con vuestra queja
como, en fin, nuestro señor.

NISO: No hay satisfacción de honor

si vivo a don Guillén deja;
 pero, esperad, ¿qué tropel
 de gente es ésta que aquí
 sale? ¿No es don Gastón?

CORBATO: Sí,
 y casi todo Estercuel
 le acompaña.

NISO: ¿A qué vendrán?

MONTANO: Quizá viene a dar castigo
 al crüel.

CORBATO: También lo digo.

ARDENIO: Si el señor de Montalbán
 muere, yo quedo contento.

NISO: Y yo haré que mi Laurencia,
 alegre a nuesa presencia,
 trueque en gozo mi tormento.

Salen todos los que pudieren

MAROTO: Éste es el olivo santo
 donde vi la vez primera
 y la segunda a la Virgen
 que me torció la cabeza.
 Aquí la habemos de hallar.

GASTÓN: Hinquemos todos en tierra
 las venturosas rodillas,
 y con oraciones tiernas
 la Salve todos digamos,
 porque obligada con ella
 nuestra ventura asegure
 mostrándonos su presencia.

PETRONILA: Yo, pues, comienzo la Salve.
 Aurora del Sol divino
 que a alumbrar el mundo vino
 con sus rayos, *Dios te salve*.

GASTÓN: Hija del eterno padre,
 reina de inmenso poder,
 en ti mereció tener

nuestra dicha, *reina y madre*.

GUILLÉN: A Dios pusiste en concordia
con el hombre rebelado,
porque en ti la espera ha hallado,
Virgen de misericordia.

MAROTO: Tú quitaste el amargura
de la fruta triste de Eva,
porque en tu amor goza y prueba
el alma, *vida y dulzura*.

PETRONILA: Aunque nuestra culpa muestra
el castigo que temblamos,
seguros contigo estamos,
que eres *esperanza nuestra*.

GASTÓN: Por patrona te nombramos;
sin tu favor no podemos
vivir; por luz te tenemos,
madre nuestra, *a ti clamamos*.

GUILLÉN: Pues de los cielos airados
eres la llave maestra,
haz como en la patria nuestra
te gocen *los desterrados*.

MAROTO: Y, pues eres madre nueva,
de nuestra gracia y perdón
hijos tuyos sólo son
los que fueron *hijos de Eva*.
Sin ti huérfanos estamos,
y como el niño suspira
cuando a su madre no mira,
Señora, *a ti suspiramos*.

GASTÓN: Si lágrimas derramando
gana el cielo el que es más fuerte,
tus hijos que están advierte,
Madre, *gimiendo y llorando*.

GUILLÉN: Sin ti, que de nuestro espanto
eres remedio, ¿qué haremos
los que afligidos nos vemos
en este valle de llanto?

MAROTO: Si nuestro consuelo muestra
tu presencia, Virgen bella,
muéstranos tu luz en ella,

ea, pues, abogada nuestra.

PETRONILA: Alivia nuestros enojos;
si en tus ojos la paz vive,
que nuestra vida recibe,
muéstranos esos tus ojos.

GASTÓN: Que si fueron rigurosos
los de la ira de Dios,
esos tus luceros dos
serán *misericordiosos.*

Alegrando nuestro luto
tú que eres árbol de vida,
nos darás con paz cumplida
a Jesús, bendito fruto.

MAROTO: Porque cuando nos encuentre
el enemigo crüel,
tendremos remedio en él
por ser *fruto de tu vientre.*

PETRONILA: ¡Oh palma, oh ciprés, oh rosa!
Alegra nuestra esperanza,
Luna llena sin mudanza,
¡oh clemente! ¡oh piadosa!

GASTÓN: ¡Oh aurora de nuestro día!
¡Oh arca del testamento!
¡Oh estrella del firmamento!
¡Oh dulce Virgen María!

GUILLÉN: Con tus favores benignos
y gracia, *ruega por nos,*
sagrada Madre de Dios,
para que seamos dignos.

MAROTO: En el mar que el mundo ha visto,
donde la culpa se embarca,
pues de Noé eres arca
de las promesas de Cristo.

Aparécese la VIRGEN, Nuestra Señora

VIRGEN: Hijos, el amor que siempre
he tenido a vuestra tierra,
pues en vida a Zaragoza

ilustré con mi presencia,
me obliga a que mi retrato
os deje, en quien todos tengan
refugio en sus afliciones
y socorro en sus miserias.
Labradme en este olivar
un monasterio e iglesia
que mis hijos Redentores
dichosamente posean,
y haciendo el altar mayor
en esta parte, por prueba
de que soy paloma pura
que el ramo de oliva lleva,
en este olivo tendré
mi sagrario, sin que vean
que sus hojas saludables
eternamente estén secas.
Sanarán enfermos tristes
de enfermedades diversas
con las hojas de este olivo
poniendo mi gracia en ellas.
Y el pastor que descubrió
esta maravilla inmensa

Vuélvesele la cara adelante

y ya por mi favor tiene
en su lugar la cabeza,
sirviéndome en esta casa,
trocará campos y ovejas
por la oveja que dio al hombre
el *Agnus* que Juan enseña.
Hónrate de aquí adelante
a los patrones que heredan
esta villa y devoción
con hazañas y nobleza.
Hijos, mi imagen os dejo.
Reverenciándome en ella,
La Dama del Olivar

ilustra la patria vuestra.

Encúbrese

GASTÓN: ¡Oh, hermosura del Carmelo!

PETRONILA: ¡Oh, luz de nuestras tinieblas!

GUILLÉN: ¡Oh, salud de nuestros males!

MAROTO: ¡Oh, en fin, paz de nuestra guerra!

GASTÓN: Yo emplearé en vuestro servicio

aquí mi vida y hacienda,

que buen mayorazgo en vos

a mi sucesión le queda.

MAROTO: ¡No sé cómo ya no tengo,

señor, la cabeza tuerta!

Desde hoy pastor de la Virgen

he de ser, y mi esposa ella.

Sale LAURENCIA

LAURENCIA: ¿Qué luz es la que ha alumbrado

mi alma, que loca y ciega

en desatinos vivió?

GASTÓN: ¿Qué es aquesto?

NISO: Mi Laurencia.

LAURENCIA: Una voz de este olivar,

entre estas ocultas sierras

donde el agravio, me hizo,

de don Guillén, bandolera,

me llamó, y viniendo

aquí con la virginal presencia

de esta señora divina,

mis vicios dan hoy la vuelta.

Yo os consagro, insigne imagen

mi vida, y desde hoy ordena,

si en pecados la imité

en virtud ser Magdalena.

GALLARDO: Yo vengo tan bien purgado,

que ningún mal humor queda

en mi cuerpo ni en mi alma.
Gallardo, Virgen inmensa,
será vuestro motilón;
y si me dan la despensa,
seré un santo despensero,
si es posible que esto sea.

GASTÓN: Partamos a Zaragoza,
y al general que gobierna
la Orden de la Merced,
Pedro Nolasco, que es piedra
divina de este edificio,
convidaremos que venga
a tomar la posesión
de esta Virgen pura y bella;
y labrándose al momento
fábrica que permanezca
en honra de nuestra sangre
la piedad aragonesa
tendrá un santuario más.

GUILLÉN: Y yo, Petronila bella,
siendo esposo vuestro,
doy al cielo firmes promesas
de enmendar mis travesuras.

GASTÓN: La imagen divina es ésta
y Dama del Olivar.
Perdonad las faltas nuestras.

FIN DE LA COMEDIA